

REVISTA EUROPEA.

Núm. 5

29 DE MARZO DE 1874.

AÑO I.

RUBENS

DIPLOMÁTICO ESPAÑOL.

SUS VIAJES Á ESPAÑA,
SUS GESTIONES COMO AGENTE DIPLOMÁTICO SECRETO
ENVIADO POR FELIPE IV A CARLOS I DE INGLATERRA, Y NOTICIA DE LAS
OBRAS DE SU MANO QUE AÚN SE CONSERVAN EN MADRID.

(Continuacion.) *

Mientras caminaba Felipe III de Búrgos á Valladolid, proseguia Rubens las restauraciones de los averiados cuadros, que dió por recompuestos el dia 14 de Junio, así como tambien por completamente perdidas la copia de San Juan, de Rafael, y una Virgen, cuyo autor no consta. Con creces subsanó el flamenco esta pérdida, pues para que el número de lienzos no disminuyera pintó originales un *Demócrito* y un *Heráclito*; sustitucion con la cual salió muy ganancioso el duque de Lerma.

Llegó por fin la córte á Valladolid con ánimo de detenerse allí todo el verano, y aprestáronse el diplomático y pintor mantuanos á presentar sus regalos y entablar sus pretensiones. D. Rodrigo Calderon quedó en que daria oportuno aviso al Sr. Iberti del dia y sitio en que serian recibidos en audiencia por S. M. y por el señor duque. Entre tanto, el conde de Orgaz como caballero de S. M., habia revisado ya los caballos y hasta escogido uno que tuviese buen paso para que pudiera servir á S. M. para montar desde luego, recayendo esta eleccion en el que tenia por nombre *Bazzofione*. Todos los caballos agradaron mucho, y no ménos la carroza, así por su forma elegante como por sus cómodos movimientos. Llegó por fin el dia de la audiencia, y de ella el mismo Rubens da curiosos detalles en las siguientes cartas. Esta primera está dirigida al duque de Mantua:

«Serenísimo Señor.—Aunque la de Iberti

* Véanse los números 1, 2 y 4, pág. 6, 40 y 97.

hace innecesaria mi carta, no puedo sin embargo pasar sin añadir algunas palabras á la completa descripcion que hace á V. A.; y no porque yo pretenda decir algo que se le haya olvidado, sino por regocijarme del buen éxito, pudiendo además atestiguar como asistente ó como participante de la entrega de los regalos. La de la carroza *la he visto*, (*del carocino vide*), la de las pinturas y los vasos *la he hecho* (*delle pitture feci*). Tocante á la primera, tengo el placer de hacer mencion de los juicios que formaba el rey con gestos, sonrisas y palabras: en cuanto á lo segundo, por parte del duque de Lerma, tengo la satisfaccion tambien de haberle oido y observado la admiracion juiciosa que le producía lo que era bueno, y su satisfaccion, que no era fingida, pero que, á mi juicio, y segun he podido comprender, reconocia por causa la calidad y cantidad de los regalos. Espero, pues, que si alguna vez los dones recompensan al donador, V. A. conseguirá su fin. Circunstancias, por otra parte, de tiempo y lugar, y otras que la casualidad ha hecho favorables, nos han valido de mucho, además del excelente juicio de Iberti, muy experimentado en decir lo que conviene á las costumbres de esta córte. A su suficiencia, pues, me remito en el relato de esta historia... Valladolid 17 de Julio de 1603. Etc., etc.—*Pedro Pablo Rubens.*»

La otra carta está escrita al Secretario Chieppio, y dice:

«Presencié con mis ojos la donacion de la carroza, pero fui partícipe activo en la de las pinturas. La una y la otra se han hecho á mi satisfaccion, como bien dirigidas y verificadas por el juiciosísimo Iberti. Verdad es que hubiera podido guardar para él todo el honor de la comision, y colocarme sin embargo donde sólo me hubiera correspondido hacer una cortesía, aunque hubiese sido

muda, á S. M., presentándosele ocasion cómoda y buena en un lugar abierto al público y accesible á todos. No quiero interpretarlo mal (¡me importa tan poco!), pero me choca tan rápida metamorfosis, habiéndome comunicado la carta del duque, en la cual Su Alteza le recomendaba expresamente mi presentacion á S. M. (particular favor de Su Alteza). No digo todo esto lamentándome por ambicion de algun incienso, ni me enoja no haberle alcanzado, sino que cuento sencillamente lo que ha pasado, no dudando de que Iberti habrá cambiado de resolucion á última hora, por alguna razon, á ménos de que con el entusiasmo del momento no perdiese el recuerdo de lo que acabamos de convenir. No me ha dado explicacion ninguna ni se ha excusado por el cambio del programa que convinimos media hora ántes: por mi parte ni le he dado motivo para ello, ni le he dicho palabra sobre el particular.

»Me colocaron cerca del duque, y tomé parte en la embajada. Me manifestó su alegría por la bondad y número de las pinturas, que enteramente han adquirido cierto carácter de antigüedad (gracias á los retoques), por el hecho mismo de la avería. Se han tomado y aceptado como originales (al ménos por la generalidad), sin que haya habido duda por su parte, ni instancia ninguna por la nuestra para hacerlo creer así. El rey, la reina, muchos gentiles hombres y algunos pintores las han admirado. Libre ya de este cuidado, emprenderé los retratos que me ha ordenado S. A., sin levantar mano, á no ser que me vea precisado á hacer algun encargo del rey ó del duque de Lerma, que ya ha propuesto á Iberti que he de hacerle no sé qué. Me conformaré con su voluntad, porque estoy seguro que no ha de encargarme nada que no redunde en servicio de nuestros *padroni*, en nombre de los cuales me someto á su albedrío... De Valladolid 17 de Julio de 1603. Etc., etc.—*Pedro Pablo Rubens*.—Al muy ilustre señor mi protector, muy respetado, el Sr. Annibal Chiappio, Secretario de S. A. S.—Mántua.»

El largo despacho en que emplea Iberti nada ménos que ocho páginas para contar á su señor el ceremonial y los detalles de la

entrega de los regalos á S. M., no lo relata minuciosamente Mr. Baschet. Pero hé aquí en qué términos se describe la particular entrega de las pinturas:

«La mañana siguiente (dice) fuí á hablar al duque... y le participé el recuerdo que S. A. tenia de S. E. ofreciéndole varias pinturas, á cuya arte sabia que tenia decidida aficion. El duque me ordenó que lo llevaran á Palacio al dia siguiente despues de comer. Hícelo así, dejando al paso en casa de D. Rodrigo Calderon las *veinte y cuatro emperatrices*. Viéronlas él y su señora, las elogiaron y las recibieron, diciéndome que quedaban eternamente obligados á V. A. y á su casa serenísima: despues pasé al Palacio en su compañía, y allí me designaron un gran salon muy á propósito para colocar los cuadros. El *flamenco* se encargó de colocarlos, y lo hizo con gran arte, situando cada uno de ellos á su luz y en sitio á propósito para hacerlos valer. No habiendo bastado este salon, aunque era muy grande, como he dicho, se destinó para los lienzos pequeños otra sala contigua. El *Heráclito* y el *Demócrito*, hechos con tanta arte por el flamenco, se colocaron allí tambien. Entró entónces el duque en traje de casa y solo. Despues de los cumplimientos de costumbre, empezó á mirarlos uno por uno, según el orden en que estaban colocados; primeramente la *Creacion*, despues los *Planetas*, y sucesivamente las obras de Ticiano y de otros; y despues de haber visto todos los grandes lienzos, se entregó á reflexionar sobre las cosas más notables que en ellos habia hallado, y salvos la *Creacion* y los *Planetas*, los tuvo todos por originales, aunque de nuestra parte no salió observacion alguna sobre este particular. Pero cuando él habia creido haber concluido, despues de una hora, se le dijo que habia más cuadros en el salon inmediato, y apenas entró en él, se admiró de tan gran número y de tan singulares y selectas pinturas. Puede muy bien calificárselas de tales, porque con los retoques del *flamenco* parecen distintas de ántes. S. E., considerando cada cuadro y apoyando mucho su bondad y perfeccion, díjonos que Vuestra

Alteza le habia mandado un gran tesoro, que cuadraba mucho con su gusto y su deseo. No dejamos por un momento de encarecer su discurso, recordando á propósito la rareza de las buenas cosas en Italia y la gran dificultad de procurárselas, por la avidez de los coleccionistas. Al llegar al retrato de Vuestra Alteza, que ya habia notado al entrar en la sala, despues de haberle admirado y readmirado, considerando con minuciosidad todos sus detalles, encomió la viveza de la mirada, la majestad y la serenidad del rostro y las proporciones del conjunto; conviniendo en que por tal retrato era fácil venir en conocimiento de la grandeza de alma de Vuestra Alteza, á quien hubiera conocido entre mil, por las relaciones que le habian hecho de su persona. Como consecuencia de la conversacion que ayer tuve con él, hubo ocasion de incluir el retrato en el número de los cuadros. Hablando de la edad, del valor y de otras cualidades de V. A., me preguntó si el pintor que habia enviado con ellas podria hacer aquí un retrato de memoria de Vuestra Alteza, porque deseaba vivamente tenerlo, ó si era necesario escribir á Italia. Así, pues, viendo este deseo, y hallando propicia la ocasion, le ofrecia el que V. S. se habia dignado enviarme para mí... Le presenté en seguida los vasos para perfumes, rogándole que se sirviese del de cristal para beber agua, que se recomendaba por la elegancia de su trabajo más que por la materia. Lo guardó todo con el mayor cuidado, maravillándose de la bondad y de lo acabado de los *grutescos* y de toda la obra. Alabó, en fin, la curiosidad y el gusto de V. A., dándole infinitas gracias, y prometiéndome empeñarse con S. M. para que V. A. consiguiera su deseo. S. E. me dijo tambien que procuraria tener el placer de que S. M. viese aquella misma tarde las pinturas y los vasos, como en efecto sucedió así. La reina, las damas y muchos caballeros de Palacio fueron á verlas al dia siguiente. Todos las alabaron. D. Rodrigo me ha contado que Su Excelencia dijo que habia entre las pinturas algunas tan raras, que merecian quedarán vinculadas para su hijo, y el conde de Arcos, mayordomo de la reina, que pretendia de inteligente, las ha alabado muchísimo.

La circunstancia de la muerte de la duquesa de Lerma ha hecho que estos cuadros agradasen más de lo que hubieran agradado ántes, porque en vida de la duquesa, el duque apreciaba y gustaba más de imágenes *de gala* y *de amores*: tales eran su capricho y los que buscaba. Despues de la muerte de su mujer, ha mandado descolgar las pinturas profanas, y dado orden de que todas las que V. A. le ha enviado las sustituyan, pues S. E. no respira hoy más que devocion, religion y retrainimiento de las cosas mundanas. S. E. ha dirigido frases sumamente benévolas al flamenco, que se halló presente á la entrega de la carroza y de los cuadros, y me preguntó si V. A. le habia enviado para que se quedase aquí al servicio de S. M., pues en ello tendria gusto. Le respondí, para no perder este servidor, que V. A. le habia enviado solamente para conducir los cuadros y para dar cuenta del viaje, pero que durante su estancia aquí serviria á S. E. en lo que le quisiera ordenar. Creo fijamente que el duque ha de mandar hacerle algunos cuadros... De Valladolid 18 de Julio de 1603.»

De aquí parte la noticia de ser originales de Rubens, y pintados en España, estos dos cuadros de Demócrito y Heráclito, que hechos para el duque de Lerma figuran, sin embargo, como más adelante se dirá, entre los cuadros que S. M. el rey de España poseia.

Traduce Rubens por ignorancia del duque de Lerma la creencia en que éste quedó, suponiendo originales todos los cuadros. Bien pudiera ser tal y como Rubens lo afirma; ¿pero no podria ser tambien que hubiese habido algun exceso de galantería por parte del de Lerma, y algun otro exceso de vanidad del pintor al suponer que habia logrado engañar al ministro, para alcanzar así mayor grado de adulacion con su señor el de Mantua?

El Sr. Iberti dice tambien en un despacho, que «el flamenco ha comenzado á hacer los retratos que S. A. le ha mandado, y está comprometido á hacer no sé qué encargo que aún no ha determinado el duque de Lerma.» No hay dato ninguno que dé á

entender cuáles serian estos retratos, que seria muy curioso conocer, porque darian noticias de las más hermosas damas de la corte de Felipe III; pero no cabe duda alguna que estos retratos serian para la galería de bellas damas del Príncipe Vicente Gonzaga.

Con fecha 15 de Setiembre dice Rubens al Secretario Chieppo: «Nada pido para mi vuelta sino lo que Iberti disponga, cuya prudencia hasta el presente dispone de mí y de mis manos, para satisfacer al gusto del duque de Lerma y honrar á S. A., con la esperanza en que estoy de darme á conocer en España con *un gran retrato ecuestre*, que el Duque no está ménos peor servido que S. A.»

Este retrato debió acabarse á fines de Octubre ó principios de Noviembre, como lo prueban las siguientes líneas, de fecha 19 de Octubre en Valladolid:

«El señor duque de Lerma me ha escrito al fin para que le mande al *flamenco* á la Ventosilla, Estados que tiene á quince leguas de aquí, para concluir el retrato á caballo, mandado hacer por S. E. y que, á juicio de todo el mundo, va saliendo admirablemente. He determinado irme con él, puesto que el gasto no aumentará gran cosa, para poder avivar el fin de la negociacion que tenemos pendiente. — 19 Octubre 1603.»

Indudablemente este retrato debió acabarse el 22 de Octubre, á juzgar por el tiempo que el rey y el duque estuvieron en la Ventosilla, pues dice Cabrera en sus relaciones: *La estada de SS. MM. en la Ventosilla ha sido de quince dias despues que llegaron, y el rey ha salido á caza de ordinario, y los más dias se levantaba á las cuatro de la mañana y volvía del campo á las once de la noche... Partieron de allí á los 22 de Octubre para Segovia, donde llegaron el 25... y el 31 debían llegar á San Lorenzo.*

Lástima grande que, ménos celoso el Iberti por el servicio del de Parma, ó más insistente el de Lerma, no hubiese llegado á conseguir éste su deseo de que aquí se

hubiera quedado Rubens por algunos años al servicio de Felipe III.

El nuevo enviado de Mantua, Celerio Bonati, pues Iberti habia ya marchado á Italia, escribe en 23 de Noviembre: «He llegado ántes de ayer del Escorial, hasta donde he seguido á S. M. durante un mes para llegar á un acuerdo...» ¿Acompañará Rubens en este viaje al Escorial á S. M.? No se sabe, pues hay una laguna en la correspondencia de Rubens, guardada en los archivos de Parma, que corresponde precisamente á estos dias.

Una sola carta de 1603, sin mes ni dia, nos falta citar para concluir la relacion del viaje de Rubens á España. Es de Rubens, y muy notable, presentándose en ella de nuevo su carácter vivo y momentos fogosos, y en la que vemos tambien que Rubens tuvo orden de pasar á Francia de vuelta de España, ántes de llegar á Mantua; proyecto contra el que luchó y no realizó por los motivos que se indican.

El 15 de Setiembre anuncia que irá á hacer el retrato ecuestre del duque de Lerma, y añade: «Despues de lo cual iré á Francia, si perseverase en su idea mi soberano y madama serenísima; como me indicaron ántes de mi viaje, aunque luego nada se ha hablado de ello.—15 Setiembre, 1603.»

Parece cierto que Rubens se expresaba así para recordar la idea, y, por lo ménos, ponerla á discusion. En realidad es de creer que Rubens no tenia gran empeño de ir á la corte de SS. MM. CC. para cumplir el encargo que le diese el duque, que no seria otro más que conocer nuevos países y hacer retratos para la galería de *bellezas*; en lo que se creia herido en su dignidad, segun se desprende de esta carta que de él se ha hallado, fechada en España...

«Ilustrísimo y respetado señor:

«He creido entender en la última carta de V. S. I., que S. A. S. insiste en que yo vaya á Francia, segun me indicó ántes de mi salida de esa. Permítaseme decir lo que pienso sobre mi actitud para este viaje. Si no tiene el duque más razon para que yo lo haga, segun creo, que los retratos, me sor-

prende lo poco que le urge mi regreso, á juzgar por las cartas de Iberti, y más aún cuando en la de V. S. de 4.º de Octubre este asunto no era un negocio capital, y también porque mil consecuencias inevitables eran el habitual resultado de semejantes órdenes. Sirvenme de ejemplo mis permanencias en España y Roma: en una y otra parte se han convertido en meses las semanas que se habían creído necesarias. El Sr. Iberti sabe las necesidades inevitables que le han obligado á él y á mí *ad jus usurpandum* sin orden. Crea vuestra señoría que los franceses no ceden en curiosidad ni á los unos ni á los otros, sobre todo teniendo un rey y una reina que no son ajenos al gusto de las bellas artes, como lo demuestran las grandes obras interrumpidas en estos momentos *inopia operarum*. Tengo sobre el asunto noticias particulares que me enseñan las diligencias que se practican en Flandes, en Florencia, en el Piamonte y en Saboya (indudablemente á causa de malos informes) para hallar hombres. Estas cosas (que yo digo á S. S. impetrando su indulgencia) no las mencionaría si ya yo no hubiese elegido por dueño y maestro al señor duque, que me ha concedido el favor de tener á Mántua por patria adoptiva. El pretexto, aunque bajo, de los retratos que hay que hacer, me basta para aspirar á trabajos más importantes, á no ser que visto el género de la comision, yo no me pueda imaginar que el duque le haya elegido como más á propósito para darme á conocer SS. MM., adquiriendo de este modo perfecta idea de lo que soy yo. A mí me parece que sería más ventajoso, por el tiempo y dinero que economizaría, mandarlos hacer por Mr. de la Brosse, ó al señor Cárlo Rossi, á cualquier pintor acostumbrado y práctico de esta córte, que hubiese hecho mucho, evitando de este modo que yo pierda el tiempo, haga viajes, gastos, é invierta salarios en obras bajas á mi sentir, y vulgares para todos. A pesar de todo, me ofrezco como buen servidor á cumplir inmediatamente la decision de mi señor á la más ligera orden que de él reciba. Le ruego, sin embargo, que se sirva de mí en la córte ó fuera de ella para empresas propias de mi talento, y á propósito para continuar las que

tiene ya comenzadas. Esta gracia estoy seguro de obtenerla desde el momento en que V. S. sea mi intercesor para con el duque mi señor, y en fe de lo que beso su mano con humilde respeto. De Valladolid, 1603.—De vuestra señoría muy ilustrísima el muy humilde servidor, *Pedro Pablo Rubens*.—Al ilustrísimo señor mi muy respetado patron el Sr. Annibal Chieppio.»

Esta notable carta no tiene fecha: pero en atencion á ciertos detalles parece escrita en fin de Noviembre. ¿Qué contestaría el duque de Mántua? No se sabe.

Rubens volvía de España á Mántua en los primeros meses del año 1604.

Hasta aquí cuanto nos ha revelado Mr. Armand Baschet en sus curiosas investigaciones hechas en el archivo de la antigua córte de Mántua, relativas á la primera vez que Rubens pisó el suelo de España. Pero Mr. Baschet no pudo hallar en aquel archivo secreto dato alguno sobre la historia de los cuadros que Rubens pintó en España, porque lo poco que sobre este particular saberse ha podido por mí hasta este momento, lo he hallado en el no ménos curioso archivo del Palacio Real de Madrid. Bien poco es, por cierto, pero ello da alguna nueva noticia.

En el año de 1624 se hace un inventario en Valladolid por muerte de Cañamares, guarda-joyas que fué del rey D. Felipe III, para que por él se incautara Gerónimo de Angulo de cuanto habia estado á cargo del finado. Dice este inventario:

«Pinturas, mesas de jaspe, bufetes y otras cosas que hay en este alcázar, casa real y jardines (prescindimos de las faltas de ortografía del original) que S. M. tiene en la ciudad de Valladolid, camino de Nuestra Señora del Prado, que llaman La Ribera, y están á cargo de Gerónimo Angulo, casero y jardinero de la dicha casa y jardines.—En la galería baja.—Un retrato del duque de Lerma, á caballo, de cuatro varas de alto, guarnecido con marco de pino dado de oro y negro: es original de Pedro Rubens.—Un retrato del duque de Mántua, de vara y cuarto de largo, guarnecido de pino dora-

do, todo de mano de Rubens.—Recibí, yo Gerónimo de Angulo, casero del alcázar, real casa y jardines que S. M. tiene en la ciudad de Valladolid, y camino de Nuestra Señora del Prado, que llaman La Ribera, del Sr. Hernando de Espejo, comisionado de Cañamares, guarda-joyas que fué del rey nuestro señor, todas las pinturas, retratos, etc., etc.; por cuanto todo lo susodicho está á mi cargo en el dicho alcázar, casa real y Ribera, para el servicio de S. M., y por verdad lo firmo en Madrid á 6 del mes de Octubre de 1624 años.—Gerónimo de Angulo.»

Era, pues, el retrato del Duque de Lerma de cuatro varas de alto, y pertenecía á S. M. el rey D. Felipe IV, y no á la familia del retratado, sin que pueda asegurarse si fué secuestrado despues de la caída del favorito en 1618 por la córte de Felipe III, ó si fué donacion hecha al rey por su valido. Ello es que el retrato continuó en la Casa de la Ribera hasta el año de 1635, en que, segun consta en otro inventario de esta fecha hecho en Valladolid, allí estaba todavía, pues se lee lo siguiente:—«Galería baja.—Un retrato del duque de Lerma, á caballo, de cuatro varas de alto, guarnecido con marco de pino, dado de oro y negro, original de Rubens.» Este año de 1635, muertos ya los rencores, y olvidada hasta la memoria de las cosas del período de favoritismo del cardenal duque de Lerma, vuelve el retrato á poder de la familia del retratado, segun lo demuestra la nota marginal puesta en el citado inventario, al lado del registro de este cuadro, cuyo tenor es así: «Este retrato se entregó á Juan de la Olalla con órden de la señora duquesa de Lerma que hoy es, en que dice cómo S. M. hizo merced de él al señor almirante.» ¿Guardará aún la familia este curiosísimo é importante retrato? No lo hemos podido averiguar, porque sólo hemos oido decir que á principios del presente siglo aún se conservaba en el palacio que en la villa de Denia tienen los marqueses de este título, sucesores del de Lerma.

No sólo poseia el hijo de Felipe III este original de Rubens, que debió ser propie-

dad del de Lerma, sino que tambien guardaba en su palacio algunos de los que Rubens pintó en Madrid. En el inventario hecho en 1636 de las pinturas del alcázar de Madrid, se lee:—«Pieza de las bóvedas con ventana al jardin de Levante.—Dos retratos del duque y duquesa de Mántua, con lechuguillas, vestida de negro, y él armado, con molduras originales, de Rubens.»

Aquí aparece un retrato nuevo del que nada dicen las cartas de Rubens, cual es el de la duquesa, y se sospecha además por este dato que el retrato que Rubens traia del duque lo representaba armado: puede ser, no obstante, que estos dos retratos fuesen de otros duques posteriores.

Al registrar, por muerte de Carlos II, los cuadros y demas efectos de la Torre de la Parada, en el año de 1700, pusieron en aquel inventario la siguiente partida:—«Pieza segunda.—Dos pinturas iguales, angostas, la una de Heráclito y la otra de Demócrito, de mano de Rubens, tasadas en ciento cincuenta doblones (2.250 pesetas): conducidas al Pardo.» La falta de inventarios de este sitio real, hace que hasta casi un siglo despues de pintados estos cuadros no haya de ellos noticia segura. A los pocos años de este inventario se hace un arreglo y nueva distribucion de cuadros en los reales sitios, y toca á estos cambiar de lugar. Segun consta en una «Memoria de las pinturas que se sacaron de la Torre de la Parada para el real sitio del Pardo en 7 de Julio de 1714, de órden del señor conde de Montemar, y se entregan al señor marqués de Balus», figuran colocadas en la «Pieza segunda,» y señaladas con el «núm. 13, su Demócrito entero llorando» y «núm. 14 un Heráclito entero riyendo.» Eran, pues, estas dos figuras enteras y de tamaño natural.

Dejando para cuando sea ocasion de tratar de las obras perdidas de Rubens, de que se conserva noticia que hiciera en España ó para España, basta ahora saber que las pinturas que Rubens hizo en su primera residencia en España, fueron grandemente apreciadas en la córte.

G. CRUZADA VILLAAMIL.

CARTAS INÉDITAS

DE

DON JULIAN SANZ DEL RIO.

CARTA II. (1)

Sr. D. José de la Revilla.

Mi dueño y estimado amigo: Lleva ya tanto de interrumpida nuestra correspondencia, que ahora, lo primero de todo, necesito recomendarme de nuevo á nuestra amistad.

Hoy es llegado el caso de disponer yo mi vuelta á frecuentar aún por tiempo las universidades alemanas, al propósito de continuar, cuanto es indispensable, el estudio en que me ocupo de la Filosofía, según el método allá realizado; todo ántes de atender, en lo que permita mi capacidad y las circunstancias, á desenvolver un método análogo entre nosotros.

Siempre en cosas de este género viene lo primero á la consideración una Idea, de la cual toma su valor y medida todo cuanto en general haya de pensarse ó ser puesto por obra en este respecto.—Si el concepto que se estime como el adecuado con la denominación *Filosofía* es: «Exposición doctrinal, ordenada (en forma de posición ó dogma racional), de conceptos normales y de máximas, dados unos y otras como universal y omnímodamente valederos é imperativos, cuanto pertenece á actualizar el Hombre su vida, así en conocimiento, como en espontaneidad;» esto lo poseemos hoy en grado más ó menos de integridad y de orden sistemático; aún lo hemos poseído en toda época en correspondencia, bien que subordinada á los conceptos ó máximas que valían á la sazón como reguladores en la vida y orden social nuestro; así como cabe esperar que la misma ley y comunicación de vida entre estos y aquellos no faltará en el porvenir, aunque la manera de esta correspondencia camina, según lo que aparece, en entera inversión, quiero decir, que lo ántes subordinado se adelanta y autoriza hoy á ser dominante y regulador, y lo ántes superior parece reducirse poco á poco á límites de igualdad, y bajo algún aspecto, de subordinación.

Mas si lo de que nos intimamos (inconceptuamos) por la correspondencia con la denominación *Filosofía* es: «Procedimiento bajo forma de franca indagación (todo preconcebido aparte) en obra de intimación, gradualmente comprensiva en nosotros mismos cuanto *sér humano*, hasta el grado en que hemos de reconocer esto genérico de nues-

tro sér también como es en real reconocible subordinación de causa en Dios, y por tanto de necesidad en relación de sér y de vida para con todo sér y todos los séres;» y que desde este concepto verdaderamente *Prior et supremus* nos hayamos á definir en forma deductiva (síntesis) y gradual circunscripción: «Qué es y cómo es en él el concepto que tenemos de nosotros (cada cual de sí propio) cuanto séres humanos»; «Qué son y cómo son en intimidad y subordinación con el precedente los conceptos de nuestras propiedades y de las partes integrantes en que nos constituimos»; y en particular: «Qué es y cómo es: *Saber conocer* de las cosas constándonos de ello»: «Cómo procede de *sér* esto elemental de perceptividad humana (racionalidad) bajo cuya fe y testimonio nos autorizamos para con todas las cosas sin limitación, como conocidas ó como capaces de sernos conocidas;» «cuál es la Ley de su eficacia, cómo se clasifica y caracteriza la esfera y las esferas de su jurisdicción y virtualidad peculiar en el Hombre...» esto no lo poseemos hoy en ninguna manera; aún puedo añadir que por más que la índole (genio) del espíritu humano en nuestras regiones se presta de una manera original á este modo de intimación respecto al conocer en general y al conocer filosófico, nunca, á pesar de todo, hubimos claramente reconocida en su sér y derivación orgánica, ni por consiguiente bastante autorizada á lo exterior en la vida, esta virtud (capacidad) fundamental de nuestro sér.—Sólo en Alemania se muestra de poco acá en la integridad de su desenvolvimiento legítimo y reconocida en competencia para *sancionar* sobre todo lo temporal y sucesivo de las cosas, sin otro límite ni condición que la Ley propia de su naturaleza. Y todo esto, no traído como *artificialmente* por esfuerzos de inteligencia, sino como un germen de nueva y más noble vitalidad, abrigándose y desenvolviéndose silencioso en lo más íntimo de la genialidad y manera de vida social de este pueblo durante toda su Historia y en armonía por todas las clases que abraza su asociación.

Aunque todavía naciente, este hijo del tiempo se levanta hoy del seno de dicho pueblo á manera de gigante, bajo formas ya entera y distintamente caracterizadas, teniéndose y autorizándose á todo lo que en la esfera del conocer humano fué hasta hoy incierto, oscuro ó vedado; y haciéndose valer como norma y regulador para la universalidad de las cosas humanas.

Asegurada y viva en mí una convicción cuanto á esta Idea cardinal pertenece, se dejaban mostrar en perspectiva dos términos entre sí de encontrada naturaleza, sobre los que haber de llevar sucesivamente la atención. El primero en

(1) Escrita en Illescas en 19 de Marzo de 1847.

orden, á saber: «En qué manera debería yo disponerme y obrar, así en lo que es directo é interior cuanto respecto á lo exterior, como más acertado medio á intimarme en el espíritu (genuinidad) de este nuevo procedimiento inductivo, y luego universal-deductivo, de reoriginación (reducción á su Género superior) y luego consciente reconstrucción de la Perceptividad (Racionalidad) humana en el Hombre.»—El segundo, á saber: «Cuáles son y cómo han de ser puestos por obra los medios adecuados por donde aquello que en esta revivificación y ennoblecimiento del Sér y del conocer humano hay de sustancial, de universal, y por tanto de universalmente comunicable, logremos nosotros también entrar en participación debida á ello, de suerte que venga á sernos como cosa ingénita y propia, y por consiguiente á generar y desenvolver en sí por virtud propia los frutos de verdad y de Bien que él encierra en su seno.»

Considerando lo primero, aparte ahora lo que á ello directamente pertenece, sólo en su respecto exterior á mí y á mi manera general de obrar en correspondencia con la cosa misma, parecíame sobre toda objeción que lo primero había de comenzar por reponerme en plena franquicia, así en pensamiento como en obra, respecto á todo cuanto ejerciera conocida influencia para con este mi propósito y vocación: juicios consentidos, hábitos contraídos, relaciones de vida exterior en las cuales hubiera yo de darme por aligado ó aún subordinado por notable manera á ideas ya definidas ó modos de ser consentidos por algún otro ó por la generalidad... á todo había yo de procurar por extrañarme (cuanto al asenso interior y aún en lo posible á una íntima comunicación de vida); esto no en verdad como de cosa errónea ó viciosa, sino porque en todas las cosas humanas el camino único, recto y llano que guía á lo que en ellas es lo simple, lo primario verdaderamente anterior, es desde luego el desligamiento (en justa medida) de lo que en la anterior conexión de las mismas se muestra como derivado, parcial, complejo. Si, pues, Filosofía, ó Saber de las cosas según la Ley y razón general de su conexión, es, en orden de conocer, esto original de que hablamos, parece llano que, por ejemplo, una Filosofía (errada ó no) que se dice nueva, reformadora, exige de derecho, de parte de quien se pone á inquirir lo real y de verdad que en ella haya, retroceder lo primero hasta donde situado como á nivel de la cosa misma pueda reconocerse en competencia y aún como autorizado para entrar en el todo y lo esencial de la cuestión.

Aquí permítame V. que le haga advertir cómo ha podido muy bien ser que nada ni en ningún

sentido concerniente á mi persona haya sido parte en el retraimiento en que he persistido cuanto á ejercicio y manifestación externa de mi profesión (démosle este nombre); sino que ha podido ser todo ello una condición puramente objetiva y por lo mismo, á veces á pesar mio, imperativa, originada de la cosa misma.

Lo que en atención al primer objeto me era doble lograr aquí con los medios de que podía disponer ha sido el asunto único en que he empleado mi tiempo después de nuestras últimas comunicaciones hasta ahora. A pesar de algunas contrariedades, casi inevitables en toda circunstancia, he podido trabajar libre de notables interrupciones; y hoy me deja persuadir que por lo ménos no he perdido terreno en mi propósito el sentimiento, en que me reconozco, de una buena y animosa disposición para completar esta parte de mi empeño; y aún la esperanza, que no me desampara del todo, de que podrá dar ello en su tiempo un resultado exterior positivo.

Ahora, pues, en el proseguimiento de este propósito con la resolución de que hablo á V., ocurrese de suyo considerar lo que me resta de personalidad exterior, digamos así, en el sentido del objeto propuesto y de relaciones con el Gobierno bajo el mismo respecto; porque en general lo uno y lo otro, como coadyuven al fin común, y aún sólo que no lo contraríen, deben serme respetables y exigen de mi parte diligente correspondencia. Cuanto más, que en el caso presente el todo que en ello se versa trae su principio y conexión directa del Gobierno, y me fuera muy de pesar haber de reconocer que por falta de mi parte quedarán frustradas miras generosas, en que de cualquiera manera versa bien y mejora respecto de la generalidad entre nosotros.

En conformidad de esto he debido yo preguntarme: ¿en qué posición me encuentro ahora para con el Gobierno, y cómo obraré en debida correspondencia con ella? Cuanto es de mi parte no doy por desaparecida del todo la relación de antes establecida, sin que hayamos menester comenzar de nuevo. Lo último cerca de esto acaecido, y que ha quedado como regulador para en adelante, es: mi retraimiento y negativa á responder á dicha relación, precisamente en un caso que parecía como momento principal de ella, á manera de un *sine qua non* para su continuación (bajo otra forma): hablo de la renuncia á la cátedra de Ampliación de filosofía.—Mas la índole peculiar de la cosa en cuestión, la cual es, como si dijéramos de libre é indefinida, no de estricta gobernación, admite que se dé atención y valor á la manera y límite de este mi retraimiento, á saber: En la condicionalidad y ocasión presente no me es

dado responder al llamamiento que se me hace; pero en general yo no me aparto ni me excuso del objeto comun á que aquel se dirige; mi propósito es tambien cooperar al mismo fin exteriormente (libre en cuanto á la forma) desde el momento en que me reconozca para ello.

Esto sentado, guarda con ello natural correspondencia que toda demostracion, sea cualquiera su sentido ó su importancia, de la que se deje entender que continuó obrando consecuente á mi propósito y último estado de relacion para con el Gobierno, puedo legítimamente y aún debo prestarla; como asimismo de parte del Gobierno puedo esperar que sea admitida y que se diga favorable á toda ulterior consecuencia que en casos dados venga en justa conexion con los precedentes establecidos.

Por tanto, ahora que me he resuelto á un paso, donde de manera más notable que de ordinario aparece la perseverancia en mi intento, y como una señal de que ni desconfío enteramente de su logro, ni por lo ménos quedará éste frustrado cuanto dependa de mi aplicacion á él, creo que es caso motivado para presentarme al Gobierno, aunque ello sea no más para dar testimonio de mí y de mis intenciones.—Y en esta misma correspondencia creo poder esperar razonablemente que me prestará el Gobierno aquello que sea medio conducente á dicho término, todo á la verdad dentro del límite que consiente la esfera de libre, no estricta, gobernacion en que ahora se circunscribe necesariamente este asunto. Tal género de proteccion y auxilio, á saber, que no envuelvan condicion ó prescripcion predeterminada; que no empeñen á un fin ó compromiso subentendido, sino que dejen á la propia espontánea eficacia de la cosa misma la consecucion del objeto en dicha cooperacion intencionado. Aun así circunscrito puede valer por mucho lo que el Gobierno influya y lo que de mi parte, mediante esta favorable condicion, pueda yo adelantar.

Yo he menester, cuanto es de parte del Gobierno, una recomendacion personal para con sus representantes ó delegados en Alemania y en los puntos intermedios, cuanto á todo aquello que en general ó en particular corresponde á facilitar el logro de mi objeto (estudio del estado de la ciencia en general, y más determinadamente de la filosofía en las universidades alemanas).—Asimismo, aunque disponiéndome á este viaje he procurado contar con medios propios, y aún en caso extremo habria de efectuarlo con ellos, reconozco que para trabajar con más desahogo y más cómoda disposicion de tiempo y de los medios exteriores, he menester una subvencion pecuniaria; tal en verdad como esté ello dentro de

la facultad del Gobierno, obrando en medida del límite y calidad arriba descritos. Por lo que parece claro que esta subvencion no podria llevar en su caso otro carácter que el de un auxilio libre ó extraordinario; que no cabe que sea sino notablemente inferior á lo que en el género de mi profesion se llamaria un sueldo efectivo, correspondiente á un empleo ú ocupacion efectiva; que, por último, no admite prefijacion de tiempo, habiendo asimismo de llevar la calidad de variable á juicio del Gobierno ó segun las circunstancias.

Ahora, sobremirando en conjunto lo que llevo dicho, y aún la cosa misma en toda comprension, ocurre involuntariamente reparar con extrañeza cómo haya de ser este género de trabajo de condicion tal que obligue á una por largo tiempo y tenazmente guardada inactividad cuanto á lo exterior; todo en contrario con el modo de obrar en ocasiones semejantes, y determinadamente con lo que á mí correspondia en circunstancias señaladas como anejo á una tácita condicionalidad de mi encargo mismo.

Parecerá á V. falta de advertencia por mi parte hacer aquí mencion de esto; puesto que ello es de su naturaleza como cosa de mera espontaneidad, en la cual, digamos, no cabe más palabra que las buenas, fuera de las que todo aparato de discusion es frustratorio é impertinente, como que carece de término y regulador preciso para juzgar en último término.—Mas yo en esta mencion he atendido lo primero á apartar la mira de todo respecto personal ó que se haya á merecimiento ó desmerecimiento; por lo mismo queda fuera de mi intencion oponer contra el dicho reparo explicacion alguna especial y de propósito; pero me ha ocurrido esta consideracion principalmente porque mi modo de obrar en ello guarda inmediata dependencia con la manera general de pensar que me he formado acerca de: «cómo y por qué género de medios conviene que sea cumplido á lo exterior entre nosotros el objeto de mi encargo;» y como parte contenida en este genérico: «qué fin inmediato, aún bajo el mismo respecto de aplicacion exterior, llevo yo propuesto en la resolucion de viajar, al principio anunciada.»

No tomemos esta cuestion desde donde ella de propio y derechamente se origina; sino atengámonos sólo á aquello que cumple desde el término en que el Gobierno se halla en posicion de juzgar; desde la relacion particular bajo que se muestra el objeto en general de mi encargo con el estado presente entre nosotros del orden de intereses (científico) á que aquel pertenece.

Sentado que no meramente aquella parte y manera de conocimiento humano entendida por filosófica, sino en toda amplitud (porque tal es

en su verdad el estado de nuestra cuestion) el conjunto de lo que pertenece á *saber conocer* científicamente de las cosas y los séres (como de propia constacion; como en lo que reconocemos y renovamos cada vez una constacion y testimonio de nosotros mismos) carece de presente entre nosotros en lo: *¿cómo es?* (cualidad, manera de ser y de intimarse en vida en el hombre segun los Grados y Períodos de ésta) de comprensibilidad y legitimidad; de donde viene á caer en decrecimiento de autoridad dentro de nosotros mismos para el uso y lo exterior de la vida; y en lo: *¿Qué es?* (realidad, el sér propio de ello) carece de Integralidad, de complemento: se dejan reconocer al punto dos *Direcciones* entre que ha de optar aquel que se proponga concurrir cuanto de su parte para que este carácter y virtud divina en el Hombre; *conocer* (*Potestad de estar presentes á las cosas y con ellas, Virtud para impresenciarnos de ellas*) sea restituida en su Genuinidad, y por ello en la justa medida de su derecho y competencia en la vida humana, así en Individuo como en lo conjunto y comprensivo del Sér Humano por todos los modos de su personalidad. De las cuales ámbas direcciones pónese cada una precisamente como lo contrario de la otra; así, encontrados sus fundamentos y sus fines, encontrados sus medios de obrar y sus resultados. Dicho queda de esto que en Ley de consecuencia y en cosas de tal calidad y trascendencia como la de que se trata, no cabe legítima ni útilmente proseguir sino una de las dos direcciones, ya que sea comenzada.—En suma diré que lo propio de la primera se comprende con lo que en el uso comun de expresion denominaremos *Individual Subjetivo* (lo en que las cosas se contraponen y excluyen); mas lo propio de la segunda guarda más analogía con lo que entendemos por *Comprensivo Objetivo* (lo en que las cosas se armonizan y coordinan.)

Consiste, pues, la primera en considerar y representarse en sobremirada general el conjunto de todo aquello que en otros lugares de más adelantada cultura científica es tenido como la suprema conclusion en que ha venido á resolverse una série de esfuerzos y desenvolvimientos parciales precedentes; y por tanto como la más completa conocida solucion á las cuestiones antecedentes y las demas generales, relativas al conocer y al conocer filosófico.—Despues en hacer conocidos estos resultados precisamente bajo aspecto de contraposicion con lo que en correspondencia genérica vale asimismo entre nosotros todavía (con más ó ménos conviccion y definicion) como último definitivo juicio respecto á las mismas ó análogas cuestiones (en toda manifestacion de personalidad humana aparecen

siempre como de nuevo bajo formas semejantes unas mismas cuestiones acerca del Sér y de las supremas relaciones en las cosas).—Todo al propósito subentendido de despertar en el dilema é incompatibilidad que funda aquella contraposicion (haciéndonos reconocer en toda negacion de lo uno si afirmamos lo contrario su igual); primero la inquietud en el ánimo, luego la duda, por último la discusion y con ella el principio de nueva vida: dejando, por lo demas, al encuentro y batiente ulterior de la controversia en las multiplicadas formas bajo que nunca deja de aparecer en ocasiones semejantes, la obra gradual interior de armonizar lo antiguo incompleto ó enfermo, pero no enteramente falto de vida, con lo nuevo más completo, pero mientras y en cuanto queda en este primer estado de desligamiento y oposicion, nunca enteramente bueno (ni verdadero para nosotros.)

La segunda manera de proceder, todo en contrario, no da ni conoce por venidos (cuanto á su fin de obrar) los resultados y conclusiones de que hablamos, segun la terminante y como sancionada definicion bajo que se autorizan en otras regiones de cultura científica. Tampoco se tiene á aquello que en contraste aparece entre nosotros errado ó incompleto, como cosa con la que haya de haberse *directamente* para combatirla y extrañarla de nuestra vida científica.—Sino que donde pone desde luego la mira y en lo que exquisita todo su conato, es: lo primero en reconocer y representarse aquel estado siempre anterior que en general en todo hombre queda sano, íntegro, recto en el conocer ante y sobre toda aberracion, ante y sobre todo prejuicio (áun á pesar de ellos por toda la vida).—Una vez en esto, se inquiere de determinar con precision desde qué momento y mediante qué comienza (por ejemplo, entre nosotros en cuanto nos atribuimos en general conocimiento consciente de las cosas) á desorientarse y declinar desí propio en la verdad y justa medida de su eficacia aquel primer estado.—Y todo antevisto, desde este mismo origen y raiz se propone la restitucion de la capacidad (virtud) perceptiva en lo genuino de su esfera y asimismo de sus límites, continuando atentamente desde este primer grado el rumbo que en el mismo estado anterior espontáneo del espíritu no puede ménos de venir indicado, y en el cual habrá de intimarse éste como congenial suyo, sin artificio ni violencia.—Determinadamente para dicho fin y en este punto de su trabajo entra en la resolucion de consultar tambien todo lo que en aquellas otras regiones de vida científica, donde aparecen resultados á primera vista más completos, más comprensivos en su forma, más tranquilizadores

para la razón, rige como *intermediario*, puramente metódico y directivo en esta educación por donde ha sido desarrollada y ha llegado á su madurez en ellos la virtud cognoscitiva.—Porque (considerando ahora en general) todo aquel que se pone á sí propio (cuanto mide su capacidad) al logro del fin propuesto, funda su intención en la seguridad de que también entre nosotros análogos medios darán análogos resultados; pero los darán como cosa de propia creación y en espontánea virtualidad; por consiguiente los darán con regularidad, con universalidad, con infalible extrañamiento y desaparición de todo lo que ántes embarazaba el libre desarrollo y crecimiento de este brote precioso de vida en lo que cabe y se comprende vida humana (vida de Hombre, de Humanidad) en y bajo Vida Suprema (vida de Sér, de todos los séres.)

En resumen general comparativo de ámbas maneras de proceder, diríamos que la primera se esfuerza en romper la oscuridad al reflejo de una luz extraña; mas la segunda deja que se disipe (de su propia nulidad) envuelta en la claridad que por grados se aviva y se levanta por todos lados del seno de la misma región propia.

Caracterizando ahora un tanto por menor dichos dos procedimientos, cuanto á los medios de comunicación y eficacia á lo exterior, se deja reconocer el primero en que, como de toda prioridad, ha menester dar por presupuestos conceptos adquiridos, juicios consentidos; bien sea que adelante, entrando en obra, predomine en él, en sus actos (trabajos orales ó escritos) un carácter especulativo ó empírico; ya que comprendan en ojeadas generales un conjunto de doctrina, ya que se determinen á la deducción por todos sus modos y respectos de asuntos ó cuestiones particulares; ó sean de carácter de controversia (en el sentido ó punto de vista desde que nosotros ahora consideramos), ó simplemente de exposición y definición.

Mas lo propio de los medios que corresponden con el segundo, consiste: en que no presuponen de parte de aquellos á quienes más de propósito se dirigen, conceptos asentidos como por virtud y en manera de propia constación (en género y modo de ciencia): en mantenerse fielmente en el momento de generación y en lo elemental del conocimiento, así según es en la Suprema concepción é Integridad de su género, como luego interior de sí propio en la orgánica, gradual compartición de los conocimientos ó ciencias: en volver enteramente como de nuevo al punto central de partida en todo tratado correspondiente á un objeto determinado de ciencia: en atenerse cada vez á la Inducción anterior de la Idea ó concepto ge-

nuino, adecuado con el objeto presente (procediendo de grado en grado desde el estado natural precientífico de concepto *indefinido-inadecuado*, en que existe desde luego aquella á manera de presentimiento en todo uso de vida culta, aunque todavía no científica); y luego á la ordenada deducción (definiendo, limitando) de los conceptos subordinados principales en que la Idea esencial (sustantiva, generadora) se explica en sus relaciones.—Por lo demás, es claro que el procedimiento directo *inductivo*, el cual en expresión científica debe ser nombrado de *anterioridad*, puede y (cuando se obra en la Idea y propósito de innovar en la educación científica) importa mucho que sea acompañado del de analogía; como asimismo la forma y exposición en modo impersonal debe casi siempre en esta manera de proceder seguir combinada con la forma dialogal. Ciertamente que bajo la perseverante observancia de las dichas condiciones no cabe construir más que los primeros arranques y lineamientos tocante á cualquier objeto de ciencia (comprensivo ó circunscrito); mas esto y no más adelante es lo que pertenece á la segunda manera de proceder, que explicamos según es de presente entre nosotros el estado de la cuestión.

Cuantas veces antes de ahora me ha ocurrido haber en consideración este asunto (en el que se versa aquello precisamente que á todo alcanza, así como por todo trasciende en género de conocer), siempre he quedado dudoso é irresoluto cuanto á cuál de ambos medios de obrar para el logro del propósito es en sí el más legítimo y eficaz, y aún en mi disposición y particulares circunstancias el más practicable. Y no, ciertamente, porque en lo esencial dejara de ser ello claro, de fácil resolución; sino por falta de diligente atención de mi parte, ó por haber dejado de proponerme la cuestión con imparcialidad, en mira al conjunto. Así, aparte y después de un tratado sobre «las Sensaciones» en que trabajé á mi venida, en los primeros arranques y compromisos, con propósito de publicarlo, como de ello hacia indicación al Gobierno cuando renuncié la cátedra; pero que con más consejo y parecer también de personas competentes (entre ellas D. Santiago de Tejada, en cuyo poder existe aún el manuscrito) me resolví á dejarlo por ahora en silencio, no he vuelto á proponerme directamente trabajo para el público.

Mas, andando las cosas, asegurada en mí la convicción que en el sistema, ó mejor, organismo de doctrina científica en general, y particularmente filosófica que es objeto principal de mi estudio, hay no meramente verdad (conocimiento de las cosas *en sér y en modo* cuales ellas son), sino,

áun sobre ello, que en el conocimiento de esta doctrina encuentra el hombre atento y sincero, fundamento seguro de Bien, regeneracion de virtud y de vida; que el método, segun que en él es orientado el Espíritu humano en la Ley de su sér y de su relacion, no es hoy (á lo que aparece) conocido entre nosotros segun la conexion peculiar que forma su carácter; que hoy puede serlo y debe serlo; se impone de suyo haber de juzgar de plena intencion sobre ambos medios para determinarse á seguir el uno ó el otro de los dos.

Ahora debo yo explicarme sobre los capítulos principales de donde he tomado motivo de consideracion para haberme resuelto á renunciar de una vez al primero de dichos modos de proceder y atenerme á trabajar sólo en el sentido y espíritu del segundo; es decir, á cooperar segun mis medios de desenvolvimiento y mejora de la educacion científica, y determinadamente la filosófica, entre nosotros, teniendo presente el determinado carácter en que se muestra la capacidad cognoscitiva y la direccion con que de propio ella se nos indica en aquella época de la vida, cuando el jóven entra en estado de lo que con poca propiedad y distincion se denomina *carrera científica*.

Ya desde luego, para no admitir el primer modo de proceder, basta poner atencion á la accidentalidad á que abandona el logro de lo principal y verdaderamente útil de su propósito, apénas dado el primer paso. Esta falta de presciencia y preordenacion de las consecuencias de su acto propio es fundado motivo de exclusion en el órden de cosas que ahora nos ocupa.—Mas para determinarse al segundo modo de proceder, ha de haber además fundamentos de todo, en todo pertinentes y directos; aquellos, á saber, de donde el Espíritu pueda tomar guia y Ley de obrar por todos los respectos y en todos los casos. Esta condicion poséela de propia calidad entre los capítulos en general arriba indicados, tres principalmente; sobre los cuales, por lo mismo, corresponde ahora la necesaria explicacion. Los articularé de esta manera: *a)* El estado de la cuestion en la Integridad de lo que ésta cabe comprender, quedando sólo en los *dos términos supremos* de donde toma fundamento y generacion aparte y ántes de todo respecto subordinado de época, lugar, circunstancialidad: «el Hombre como educable y educado en conocimiento (por manera de ciencia) de las cosas: el Hombre como educante (en arte de eficacitar, desenvolver en el pleno de su original virtualidad aquella disposicion)»..... *b)* El estado de la cuestion ya definida en un respecto de Interioridad, aunque esencial, á saber: «Lo que es y lo que de sí propio exige el sistema ú organismo determinado de doctrina científica, y principal-

mente filosófica,» en cuya explicacion y propagacion entre nosotros entiendo yo que se efectúa cooperacion directa esencial para el logro del objeto presente (me refiero al sistema filosófico de K. C. F. Krause).—*c)* El estado de la cuestion tomada la consideracion del respecto definido de «los medios de expresion y comunicacion científica que ofrece la ciencia y arte de la expresion hablada en general, y la forma de expresion científica en particular, segun es de presente su estado y uso entre nosotros.»

En la explicacion que debo dar al tenor de estos prenunciados, los pormenores no pueden hallar cabida, ni pertenecen directamente para el fin que yo ahora intento: basta, á mi parecer, definir los términos más generales de donde he venido yo á concluir por el segundo método de procedimiento: acaso si V. considera atentamente, siguiendo el órden de aquellos, vendrá á formarse una conviccion no muy discorde con la mia.—Aun para esta explicacion, sólo en el primer capítulo vale, digamos así, integridad de motivo; los dos siguientes no ocurren al actual propósito, sino en manera de relacion.

(La continuacion en el próximo número.)

JOHN STUART MILL.

La vida de John Stuart Mill fué tan exenta de peripecias, tan retraida, y áun tan oscura, con excepcion de los tres años durante los cuales fué miembro de la Cámara de los Comunes, que habrá pocos hombres que hayan ejercido tan poderoso influjo en el mundo y sean tan poco conocidos de sus contemporáneos. Pero no parece sino que su muerte, acaecida durante la primavera del año pasado, haya despertado repentinamente la curiosidad del público por conocer más á fondo el carácter, las costumbres y la primera educacion de tan notable y atrevido pensador. Sus méritos y sus errores han sido discutidos con extraordinaria pasion; bien que, salvo en el círculo limitado de sus más íntimos amigos, ni unos ni otros eran bastante conocidos para ser debidamente apreciados. Su candor, su osadía, su gran fuerza intelectual, su sincera devocion á los grandes intereses públicos y á la causa de la verdad, fueron parte á que casi le deificasen sus admiradores; pero el entusiasmo de éstos les hizo pasar por alto y no fijarse en sus paradojas, sus ilusiones y ciertos actos de su vida, que llevaban hondamente impreso el sello del error moral. Dotado de una fuerza de argumentacion analítica, no superada por los más sábios filósofos, se distinguia á la vez por una debilidad de criterio que

no pocas veces le hacia tomar por verdades inconcusas afirmaciones que no eran más que sueños utópicos; de suerte que una serie de argumentos sostenida con inimitable sutileza y arte, le conducia á conclusiones que el sentido comun de un niño hubiera rechazado. Considerado como guia, no hubo nunca pensador ménos digno de confianza, pues siempre se entretenia en explorar sendas extraviadas que le conducian á regiones en donde era imposible hallar certeza ni verdad. ¿Qué espectáculo más triste puede darse que el de un explorador de la verdad, de grande inteligencia y de instruccion vastísima, cuya vida se agotó en una lucha estéril, y que murió sin descubrir ni resolver nada de lo que más le importa saber y creer al hombre? Al pensar en Mill, nos acordamos involuntariamente de las palabras de una autoridad que él jamás quiso reconocer; fué por excelencia uno de aquellos hombres que «estudiando siempre con ardor, no llegó nunca á conseguir el conocimiento de la verdad.» Así se comprende que, para citar una ó dos de sus paradojas, sostuviese en la Cámara de los Comunes, á la sazón de la epidemia del ganado vacuno, que los labradores, cuyas reses el gobierno habia mandado matar, habian sido suficientemente indemnizados con el aumento de valor que habian adquirido las reses de aquellas personas cuyo ganado no habia sufrido. El condado de Cheshire habia sido arruinado; en cambio el de Dorset más bien habia mejorado; por lo tanto, decia Mill, Cheshire debia considerarse como indemnizado. En otra ocasion sostuvo que el aumento en el valor del terreno, debido á causas extrañas y no al cultivo, no debia corresponder al dueño de la finca. ¿Y por qué aplicar esta tésis al valor del suelo únicamente? Todo tráfico, toda empresa comercial está fundada en la esperanza del aumento del producto. ¿Y por qué se ha de valuar la propiedad real en manera distinta que una obra de arte ó que los fondos públicos? Ciertamente esta es la negacion de la propiedad misma. Mill defendió la pena capital en el Parlamento, fundándose en el hecho de que las vidas de los grandes criminales son de poco valor, y su manutencion en las cárceles públicas una carga gravosa para la comunidad. Nosotros mismos le hemos oido atacar la severidad de la pena llamada de trabajos forzados de por vida (*penal servitude for life*) comparada con la pena capital, y vino á deducir que fuera laudable proveer á los criminales sentenciados á trabajos forzados de por vida, de medios para suicidarse. Todos estos ejemplos revelan una falta de criterio cuyo origen se deja entrever en la falta absoluta de principios sanos. Las conclusiones son absurdas, porque la base es falsa. Mirado desde el punto de vista de lo que llama Mill «moralidad comun», el proveer los medios para suicidarse á un hombre dispuesto de suyo á emplearlos, es poco ménos que un asesinato; pero la moralidad de Mill era una moralidad muy singular, no por mal-

dad, sino debido á un concepto equivocado del bien y del mal.

Nadie sino él hubiera podido dar explicacion á tan extraño y confuso fenómeno. Ninguna pluma más que la suya hubiera podido relatar las raras peculiaridades de su educacion infantil y del desarrollo gradual de su mente. Por fortuna debió creer, al parecer, que el cuento merecia contarse, y dejando á un lado aquella modestia que mueve á la mayoría de los hombres á ocultar sus pensamientos íntimos, remató sus trabajos filosóficos con esta diseccion de su propia mente, para que se publicase despues de su muerte; con lo cual nos ha dejado uno de los libros más curiosos é instructivos que puede hallarse en toda la extension de la literatura. Las únicas obras con las cuales pudiéramos comparar este libro son las *Confesiones* de San Agustín y las *Confesiones* de Rousseau; pues aunque Mill distaba tanto de tener el entusiasmo ascético del uno como el sensualismo y la depravacion de costumbres del otro, habia en su carácter algo de los dos, y se sintió animado por la misma firme determinacion de dejar á la posteridad un relato de su vida, que tiene más de molde que de estatua, más de fotografia que de cuadro. *Sume libros*, hubiera podido decir, *quos desiderasti Confessionum mearum. Ibi me inspice, ne me laudes ultra quàm sum; ibi non aliis de me crede, sed mihi; ibi me attende, et vide quod fuero in me ipso, per meipsum* (1). Bien que fuese Rousseau en muchos conceptos el antítesis de Mill, pues el uno era hijo de la pasión, y el otro hijo de la reflexión abstracta, hay puntos en sus narraciones personales que denotan una semejanza entre ambos. Rousseau, cuando aún no habia cumplido los seis años, solia pasarse las noches enteras en vela leyendo novelas con su padre hasta que se oían las golondrinas chirriar en los nidos, y en su infancia habia llegado á dominar varios libros, cuya lectura y comprensión no es asequible en tal edad. Ambos carecian de imaginación, ingenio y memoria (así nos lo aseguran los dos), y ambos, por falta de experiencia del mundo, carecian de despejo, y habian menester tiempo para coordinar sus pensamientos; la conversacion de ambos era vacilante y trabajosa, aunque llena de profundidad; sobre ambos ejercian gran influjo las mujeres, si bien la pasión del amor se revistió en ambos de una forma especial; ambos fueron escépticos en materia de religion; pero el escepticismo de Mill era científico, y le llevaba muy más allá de donde llegaba el escepticismo de Rousseau; los paseos campestres, la herborizacion y la música constituian los únicos pasatiempos de los dos, y ambos eran apóstoles de la democracia, animados por un odio feroz contra las instituciones y creencias existentes, y resueltos á derribar la sociedad actual. Rousseau nació en 1712, cien años casi ántes que

(1) Agust. Epist. 231.

Mill, pero las opiniones del reformador inglés en caso de haber sido adoptadas por sus compatriotas, hubieran ejercido un influjo en el siglo décimonono, no muy distinto del que ejerció el entusiasta ginebrino en la generacion del último siglo, y ciertamente no menos destructora. Por cierto, en cuanto al fin declarado de sus especulaciones, Mill era, con mucho, el más destructor de los dos, pues quiso subvertir las verdades eternas que forman la base de la sociedad, negando al hombre el derecho de propiedad en este mundo y la esperanza en una existencia futura.

Nosotros mismos tratamos íntimamente á Mill durante los primeros años de su vida, cuando, como luego tendremos ocasion de manifestar, sus conocimientos eran tan extraordinarios que le separaban por completo del tipo comun de los muchachos de su edad. Hemos seguido paso á paso y con sumo interés su carrera filosófica; y en sus últimos años nos ha honrado más de una vez con trabajos para esta revista (1) que versaban sobre materias tocante á las cuales nuestras opiniones no estaban del todo en desacuerdo con la suya. Tal vez estas circunstancias sean parte á acrecentar el interés que despierta en nosotros esta *Autobiografía*; pero, ó nos engañamos mucho, ó conservará un lugar duradero en la historia de la literatura. Al hacer el juicio crítico de las Memorias del ilustre Grote, escritas por su viuda (2), tratamos de dar un ligero bosquejo de la escuela llamada de los Radicales filosóficos (*Philosophical Radicals*), ó sean de los Utilitarios (*Utilitarians*), cuyo fundador fué Bentham, James Mill su divulgador, y eminentes discípulos de la misma Grote y John Mill. Seguimos hasta su mismo origen la divergencia que existia entre sus principios y las creencias y los principios éticos del orbe cristiano, bien que no hicimos más que aludir de paso á las doctrinas esotéricas de dicha secta, de las cuales, y por cierto que esto es curioso, pocos vestigios se encuentran en sus propias obras, pues parece que estaban convencidos, y en esto juzgaban con bastante acierto, que si revelasen en toda su desnudez la repulsa absoluta que hacian de los principios de la fe religiosa y de la responsabilidad del hombre á Dios, que constituye la norma de la vida en todo el orbe civilizado, correrian gran peligro de que nadie prestase oido á sus manifestaciones relativas á cualquier otro asunto. El objeto del famoso «Estudio sobre la Libertad» (*Essay on Liberty*) de John Mill, que él califica de la más esmeradamente escrita y la más meditada de todas sus obras, fué indudablemente el de vindicar, hasta donde fuese posible, el derecho de decir cuanto quisiere sobre todas las cosas; y uno de los motivos de la acritud con que siempre habla de la sociedad inglesa, es el hecho de haberle sido negado

esta entera libertad, ó al ménos el haberle sido únicamente otorgada bajo ciertas penalidades sociales, que él mismo no estaba dispuesto á sufrir. En efecto, su padre en época muy temprana habia inculcado en él la conviccion de que tales opiniones, «á obrar con prudencia, no podrian manifestarse abiertamente;» y aún cuando esta especie de disimulo repugnaba en extremo al carácter sincero y atrevido de John Mill, sin embargo, en general siguió el consejo de su padre. Pero despues de su muerte, parece que se resolvió á hablar con completa claridad. Esta obra póstuma contiene la confesion franca y explícita de que, segun la opinion de la escuela en que él se crió, no se puede saber nada de Dios ni de una existencia futura, y que él mismo fué educado sin creencia alguna religiosa, es decir, en la acepcion vulgar de esta palabra. De esta premisa resulta que toda nocion moral que tenemos ya inculcada, debe ser fundida de nuevo, y si sobrevive en algun modo, tendrá que sobrevivir apoyada en bases distintas. Cuando las obras escépticas de Lórd Bolingbroke fueron publicadas despues de su muerte en 1754 por Daniel Mallet, con escándalo, segun dice Boswell, de «todos los hombres de bien», exclamó el célebre Dr. Johnson: «Os digo que fué un villano y un cobarde: un villano por haber cargado y apuntado un trabuco contra la religion y la moralidad; y un cobarde porque no tuvo valor para dispararlo él mismo, sino que tuvo que dejar media corona á un miserable escocés para que tirara del gatillo.» Estas frases, destempladas y ofensivas, refiriéndose á Lord Bolingbroke, serian aún ménos justas aplicadas á John Mill, y á la obra, objeto de este artículo. La deferencia silenciosa que tributó durante su vida á una religion en que no creia, nos inspira ántes gratitud que otra cosa; sabemos que uno de los principales fines de su vida fué el establecer una nueva norma de moralidad; y merced á la completa revelacion de su verdadero modo de ver, despues de su muerte, nos ha facilitado medios para comprender y demostrar la verdadera causa de sus desengaños, sus equivocaciones, sus fallidos intentos, pues como tales debe considerarse, mirando desde el punto de vista filosófico, el hecho de acabar por probar á sí mismo que nada puede saberse de fijo. El objeto de todas las demas filosofias, que merecen el nombre de filosofia, ha sido el de explorar y hacer patente lo que hay de divino en la naturaleza y en el hombre. Pero la filosofia utilitaria empezó y acabó por excluir y negar hasta la existencia de todo aquello que se resiste á la comprension de los sentidos. Esta dura leccion, inculcada en Mill desde su infancia, fué causa de su perdicion. Pero tratemos ante todo de descubrir la marcha que siguió para aprenderla, los efectos que produjo en su carácter, los esfuerzos que hizo por librarse de sus ulteriores consecuencias, y el estado en que finalmente recayó bajo la presion de otra poderosa influencia.

(1) *Revista de Edimburgo.*

(2) *Revista de Edimburgo*: Núm. cclxxxI, 1873, pág. 227.

El admirable Crichton tenía sólo diez y siete años de edad cuando retó á toda la universidad de Paris en el colegio de Navarra á disputar con él *de omni seibili* en doce lenguas, y se llevó los premios de las escuelas tan fácilmente como había ganado los de las lizas. Los conocimientos de Mill no eran tan varios, pues carecía de los dones y prendas que da una vida activa, y su educacion fué dirigida exclusivamente con el fin de ejercitar y adiestrar su entendimiento; pero para lograr este objeto su padre juzgó indispensable el dominio de las lenguas muertas y el ejercicio constante de las facultades argumentativas. En el albor de la infancia empezó á aprender griego, y el primer recuerdo que conservaba de la vida era el de aprenderse de memoria palabras griegas. A los ocho años ya había leído á Herodoto, Jenofonte, parte de Luciano y de Isócrates. Cosa más maravillosa aún; á los siete años ya había leído seis diálogos de Platon, incluso el *Theaetetus*; de este último observa con bastante discrecion, que hubiera sido mejor haberlo omitido, pues era de todo punto imposible que lo entendiese. ¿Y los demas, los había dominado? Mill el padre, que fué el único maestro é instructor de su hijo, no sólo exigía constantemente de él cuanto podia hacer, sino mucho más de lo que era posible que hiciese. Se parecia en esto al padre de Federico el Grande y al de Mirabeau, el antiguo *ami des hommes*. Recordamos haber oido decir que nada le interesaba tanto como observar los esfuerzos de la inteligencia infantil, aún en los niños más pequeños; y no parece sino que al someter á su hijo á este sistema extraordinario de enseñanza, hacía un experimento con el fin de satisfacer su propio amor á la teoría y su ánsia de poder. Ello es que tenía bajo su tutela á un niño de notable entendimiento, y muy sufrido; aunque el mismo James Mill opinaba, segun la doctrina de Helvecio, que todos los hombres nacen con facultades iguales, y que su mayor ó menor fuerza mental es meramente resultado de su educacion y de las circunstancias.

La lectura de autores ingleses, señalada por este padre á su hijo prodigioso, no era ménos descomunal que la de los autores griegos. Antes de cumplir los diez años el jóven filósofo ya había leído á Robertson, Hume, Gibbon, el Felipe Segundo de Watson, la Roma de Hooke, á Plutarco, Burnet, casi veinte tomos del Registro Anual (*Annual Register*), á Mosheim, gran número de libros de viajes, y no pocas obras de imaginacion. Añadió á estos, ántes de cumplir los doce, á Virgilio, Horacio, Tito Livio, Salustio, algunas comedias de Terencio, parte de Lucrecio y Ciceron, la Iliada y la Odisea, todas las obras de Tucídides, Demóstenes, Esquines y Lisias, varios libros de Pclibio y de la Retórica de Aristóteles, que extractó en forma de tablas sinópticas. Todo esto era independiente de lo que él llama su lectura privada; y á los once ó doce años compiló, extractado de Tito Livio y

Dion, una Historia del gobierno romano, sobre la cual escribió cosa de un tomo en octavo, cuyo contenido se extendía hasta la época de la proclamacion de las leyes Licinias, en que se proponía, con presciencia característica, vindicar la política de las leyes agrarias y sostener el partido democrático en Roma. Tampoco dejó de aplicarse á las ciencias, y sobre todo á la química, y ántes de haber visto un sólo experimento ya había devorado tratados enteros referentes á esta materia. A los doce años tomó su educacion carácter más severo. Profundizó con ahinco la Lógica de Aristóteles, empezando por el Organon, lo leyó hasta los Analíticos inclusive; pero confiesa que le aprovechó poco el estudio de los Analíticos posteriores, cosa que no nos sorprende. Como condimento para este pasto, su padre le regalaba con varios tratados latinos sobre lógica escolástica, y su único recreo consistía en un paseo diario en compañía de aquel padre terrible y tan susceptible al enojo, durante el cual exigía del alumno que contestase á un fuego graneado y constante de prolijas preguntas, y se hiciese bien cargo de la utilidad de esta gimnasia intelectual.

Hemos extractado en breves palabras del tomo que tenemos delante (1) estos datos asombrosos, que fueran absolutamente increíbles, á no estar apoyados en las afirmaciones de un hombre de la más pura veracidad. Al leerlo se nos corta el aliento. Con todo, nos resistimos todavía á creer que la mente de un niño de diez ó doce años pudiese derivar alimento alguno de tan duro manjar; si bien no dudamos que con el ejercicio de estos estudios adquirió John Mill aquel hábito de aplicacion intensa, de exacto raciocinio y correcto lenguaje, que de tanto provecho le fué durante el trascurso de su vida. Por grandes que fueran la tension de sus facultades y el temor á la severidad de su padre, habla con agradable recuerdo de su infancia; y observa con gran verdad que no es posible conseguir sólo por la fuerza y persuasion de buenos consejos y palabras que los niños se apliquen con energía y perseverancia al estudio de materias tan desabridas y enojosas. El sistema de educacion moderno es infinitamente ménos brutal y tiránico; pero en cambio los hombres que se educan por él serán incapaces de hacer nada que les desagrade. No puede haber verdadera fuerza donde no hay disciplina; y atribuimos precisamente la decadencia aparente de la clase más elevada de entendimiento en el órden de las profesiones liberales, que es, á la verdad, muy chocante en los tiempos actuales, no á la índole y extension de las materias enseñadas, pues en ese concepto hemos adelantado y ensanchado nuestro horizonte, sino al grado de aplicacion que el profesor prescribe y exige del alumno.

(1) *Mis memorias. Historia de mi vida y de mis ideas*, por John Stuart Mill.

Se siente una verdadera satisfaccion al saber que en 1817 pudo escaparse de vez en cuando el joven Mill de aquel *ergastulum*, para disfrutar de la alegre campiña que rodeaba el pintoresco retiro de la abadía de Ford, donde por aquel entonces residia Bentham; y en 1820 disfrutó de mayor y más grata distraccion que le proporcionó una temporada de doce meses que pasó en el mediodía de Francia con la familia del general Sir Samuel Bentham. Esta visita le ayudó á dominar por completo el idioma francés, y despertó en él grande aficion y cariño hácia Francia y el pueblo francés, que conservó hasta que bajó á la sepultura en Avignon. Tambien asistia á las cátedras de Montpellier, y esta estancia en el mediodía de Francia fué una de las pocas ocasiones que tuvo durante su vida de frecuentar reuniones y tertulias. Sin embargo, la impresion que le causó no fué exacta. Desconocia por completo el trato de la sociedad inglesa, pero habia recibido de su padre la nocion, confirmada luego por él mismo, que el tono moral de la sociedad inglesa era esencialmente vulgar; que las aspiraciones de esa sociedad tienden hácia objetos pobres y mezquinos, y que sus compatriotas se distinguen por la falta de sentimientos nobles y elevados principios de accion. Mientras que en Francia, dice, «los sentimientos que relativamente por lo ménos pueden llamarse elevados, son como la moneda corriente del trato social, y aunque se evaporan á menudo en vanas declamaciones, se mantienen vivos en el pueblo merced al uso constante;» pues opina que «el uso ó ejercicio habitual de tales sentimientos fomenta la cultura del entendimiento hasta en las clases ménos ilustradas de varios países del continente de Europa, en un grado que no alcanza en Inglaterra ni áun entre las clases que se llaman ilustradas, pues la generalidad de los ingleses, considerados como seres espirituales, se ven condenados á una especie de existencia negativa.» Este modo de hablar parece extraño en labios de un hombre como Mill, pues las palabras «sentimientos» y «seres espirituales» no son realmente propios del diccionario benthamista; y esta reflexion no la da Mill como resultado de sus observaciones juveniles en 1820, sino de su experiencia posterior. Fácil nos será dar una explicacion más directa de esta preferencia dada por Mill al tono moral de la sociedad francesa comparada con la inglesa. Cuando se encuentran en Inglaterra tales principios elevados de accion (y creemos que se encuentran allí con tanta frecuencia acaso como en cualquier otro país) están basadas, por regla general, en convicciones religiosas: en Francia están generalmente basadas en concepciones elevadas de importancia personal ó de obligaciones sociales. La ley social de una nacion se llama deber; la de la otra honor; pero el deber en el sentido de obediencia á la autoridad religiosa y á la conciencia, no ocupa lugar alguno en la filosofía utilitaria. Por otra parte, en Francia veia una

sociedad altamente democratizada, que acababa de brotar de una revolucion; en Inglaterra sólo veia una sociedad que de buena gana hubiera él querido entregar á una disolucion semejante á la de Francia.

Es indudable que esta excursion á Francia inhaló una nueva vida en Mill. Fué, en efecto, la primera vislumbre que vió de la vida real del mundo; hasta entonces habia vivido en celda solitaria condenado á penosos trabajos. El clima apacible de la Francia meridional, la vista de las cumbres pirenaicas y las olas del Mediterráneo, la sociedad de mujeres de ameno trato (pues Lady Bentham y sus hijas eran personas de educacion ilustrada), el hermoso paisaje, y la aficion á la botánica, despertaron en él sentimientos que hasta entonces le habian sido completamente extraños, pero que existian en él con intensidad grande. Pues es una de las peculiaridades del carácter de Mill que abrigaba en sí una corriente de sentimiento y hasta de poesia refrenada por la severa disciplina de su educacion, y su existencia pudiera describirse como un esfuerzo por llegar á un estado de sér más ideal, aunque estando como encadenado y sujeto á la forma más áspera de la realidad. Nuestra amistad personal con él data desde su regreso de Francia en 1821. Mill tenia entonces quince años; y á pesar de sus conocimientos prodigiosos para aquella edad, no se notaba en él cosa alguna que revelase al pedante, sino ántes señales de una disposicion amable y afectuosa. Era excesivamente cariñoso con los niños de ménos edad que él. Nos acordamos vagamente de un pequeño drama que escribió para su entretenimiento, y pocos dias atrás vimos, entre un monton de papeles relativos á asuntos de familia, una referencia en estilo jocoso á una representacion teatral de niños, escrita en letra muy juvenil por un tal «Don Molino», que en aquella ocasion hizo de apuntador. Pasamos el otoño del año siguiente con él en la costa de Norfolk, donde se ocupaba principalmente en formar y ordenar una coleccion de algas y yerbas marinas, á las cuales daba Mill sus nombres científicos, pues se ocupaba ya entonces en formar el gran herbario que, segun hemos oido, ha legado al Museo Botánico de Kew. Rayaba en pasion su afan por hallar una planta rara, costase lo que costase el buscarla, y el gusto de encontrarla le proporcionaba un momento de deleite. Tanto él como su padre fueron grandes é incansables andadores. Andaban hasta rendirse, y no hacian otra clase de ejercicio. Por entonces, por cierto, se puso de moda la gimnasia, y Mr. Bentham convirtió su cochera en gimnasio. Era morir de risa ver al robusto John Austin balanceándose en las paralelas, al ágil Colls (el amanuense de Mr. Bentham) retorciéndose en el trapecio, y al joven Mill, que era de complexion delicada y de aspecto casi afeminado, colgado del torniquete.

Estas distracciones, sin embargo, no eran sino interrupciones momentáneas en aquel gran curso de

estudios y trabajos mentales, destinados á regenerar el linaje humano. Tal era la disciplina de su órden, y nunca monje alguno se entregó con más ascética austeridad al cumplimiento de las reglas de una órden monástica que estos benthamitas al logro del único objeto de su vida. El jóven Mill dice precisamente en este libro, que no dudó un sólo instante de que tenía la mision de reformar el mundo, y por lo tanto, añadió á sus anteriores estudios un curso completó de economía política, que estudió bajo los auspicios de su padre y de Ricardo, íntimo amigo de aquel: estudió derecho romano con John Austin, sospechando acaso que pudiera algun día ser llamado á seguir la carrera jurídica, aunque le habian enseñado á mirar con horror y desprecio aquel fárrago de despropósitos, el código legal de Inglaterra; y cuando cumplió los diez y ocho años, Mr. Bentham eligió á este mancebo para ser el editor de aquella *indigesta moles* de su propia obra sobre «Evidencia judicial» (*Judicial Evidence*), que fué dada á luz por John Mill en seis tomos en octavo, empresa literaria muy extraordinaria por cierto (1). Por esta época empezó á escribir en el *Morning Chronicle*, el *Examiner* y otras revistas periódicas; fundó varias sociedades científicas para la discusion de asuntos filosóficos y políticos, auxiliado por los jóvenes que se movian en torno de Bentham; de aquí data su entrada en la vida literaria, en que siguió brillando por espacio de cuarenta años.

Nos parece oportuno entrar aquí en algunas consideraciones relativas á la verdadera extension y tendencia de sus estudios. Ya hemos referido lo que habia aprendido y leído; digamos ahora lo que dejó de estudiar y aprender. En primer lugar, en este libro no se hace alusion alguna á su madre, y sólo de pasada alude á sus hermanos. Su padre fué su único tutor y guia; no nos atrevemos á decir su amigo. Mrs. Mill, su madre, era, por lo que nosotros recordamos, una mujer casera, una buena ama de gobierno, en la verdadera acepcion de la palabra, sin aspiracion alguna á ser considerada como mujer elegante y de educacion esmerada. James Mill, quien denunció siempre los casamientos precoces y la abundancia de prole como una ofensa odiosa contra la sociedad y la moral, no siguió ciertamente su doctrina en lo tocante á este particular, y hasta conseguir el empleo que desempeñó en las oficinas de la compañía de la India (cuyo nombramiento honra igualmente á dicha compañía y al mismo Mill), tuvo que luchar con mil apuros para poder existir. Es indudable (como puede

deducirse de su silencio respecto de ella) que la madre de Mill no ejerció influjo alguno propio del tacto y cariño maternal en la educacion de su hijo primogénito: vivia en sumision absoluta á la voluntad de su marido; y cuando John Mill escribió más adelante acerca de la esclavitud del matrimonio, afectaron tal vez sus opiniones las escenas domésticas que habia presenciado durante su juventud. Lo cierto es que no se vió rodeado de las influencias tiernas y geniales de la familia, y le tocó hacer las veces de maestro de escuela con sus hermanos menores. No conoció nunca el verdadero encanto de la vida doméstica, cuna y hogar de todo afecto.

Tampoco interrumpió la soledad de su infancia el trato alegre de la escuela. Su padre tuvo cuidado de apartarlo de todos sus coetáneos, para que no le corrompieran con sus supersticiones y ejemplo, hasta tal punto, que él mismo no se daba cuenta de que su educacion y conocimientos eran distintos completamente de los de todos los muchachos de su edad. Merced á esta crianza, segun el sistema de Mr. Mill, se excluia todo aquello que podia afectar la imaginacion ó el corazon. La traduccion de la Iliada de Homero por Pope, parece ser el primer poema inglés que llegó á manos de su hijo, y lo leyó con avidez, aunque más por la versificacion que por el fondo poético. Más adelante pudo leer á trozos las «Estaciones» de Thomson. No habrá dejado de notar el lector que el libro cuya lectura le estaba prohibido con más rigor, era precisamente aquel que ha ejercido más poderoso influjo en los pueblos civilizados del mundo. La piedad fervorosa de los poetas hebreos; las sublimes metáforas de los Profetas; la animada narracion de la historia judáica; la moralidad y el ejemplo de Cristo, y la filosofia de San Pablo, todos basados en la idea más clara de la Majestad divina que jamás pudo concebir el corazon humano, estaban vedados para él. Igualmente desconocidas le eran las sublimes enseñanzas que se derivan de las grandes obras de arte, que ningun influjo ejercieron en su desarrollo intelectual y moral. El poder de las artes, como expresion visible de la belleza y la verdad ideal, era completamente ignorado del autor del «Análisis de la Mente humana.» Apénas tuvo idea ó comprension de las facultades á que aquellas se dirigen. La figura que él se habia forjado, compuesta de los cinco sentidos, y á la que daba el nombre de hombre, carecia por completo de los más altos dones de la naturaleza humana. El mismo Shakspeare era ininteligible para Mill el padre, si bien admiraba á Milton, probablemente por la sutileza y sofistería de Satanás y sus querubens.

El arte fué para su hijo un libro sellado. Por lo tanto, ofrecia el jóven Mill á la edad de diez y seis años el singular ejemplo, falto de toda atraccion, de un jóven sin chispa de ingenio, sin idealismo ni ima-

(1) Al hacer el juicio crítico de esta obra de Bentham, la *Revista de Edimburgo* censuró con gran acritud, aunque no sin justicia, al autor Bentham y á su jóven editor Mill. «En toda esta obra, decia, se advierte un aullido injurioso, que no tiene comparacion alguna con nada filosófico ni escolástico, sino es quizá con el acompañamiento de ladridos con que una lechigada de jóvenes cínicos acostumbraba asistir á las conferencias del tonel de Diógenes.»

ginacion (1); con pocos ó tal vez ningun lazo doméstico ó social; con sentimientos completamente aplastados y comprimidos por una rigurosa disciplina mental, y con una falta absoluta de religion. Pero para que no nos tachen de exagerados, nos cumple presentar el cuadro de este estado árido de su alma pintado por él mismo.

James Mill, el padre, habia sido en su juventud creyente y cristiano, y, como ya hemos dicho, estudió en Edimburgo para la iglesia escocesa. Vemos, pues, que la fe se ofreció á su mente bajo la forma calvinística. Parece, sin embargo, á juzgar por indagaciones hechas en la biblioteca de la universidad de Edimburgo, que los libros que solía leer allí con más frecuencia eran de índole escéptica. El argumento que destruyó en él la fe era muy sucinto. Opinaba como aquel rey de Aragon que dijo que si le hubiera tocado á él la creacion del mundo, lo hubiera hecho muchísimo mejor de lo que es. Mill padre, no podia reconciliar la existencia del mal con la omnipotencia de un Creador justo y benévolo; y como no acertaba á desenmarañar tan inescrutable misterio, cedió á la conviccion de que nada absolutamente se puede saber relativamente al origen de las cosas. (Página 39.)

«Su inteligencia rechazaba las sutilezas, mediante las cuales los hombres tratan de cegarse ante esta contradiccion manifiesta. No se hubieran atrevido á condenar de igual manera la teoría sabéa ó maniquéa relativa á un principio benéfico y otro maléfico que se disputan á porfía el gobierno del universo; yo le he oido manifestar la extrañeza que le causaba el que nadie tratase de resucitar esa doctrina en nuestros tiempos. La hubiera considerado meramente como una hipótesis, pero no la hubiera acusado de ejercer influencia alguna perniciosa en las costumbres. De todos modos, su aversion á la religion en el sentido que generalmente se da á esta palabra, era semejante á la de Lucrecio: la miraba con el sentimiento que inspira, no una mera ilusion mental, sino un gran mal moral. La consideraba como la mayor enemiga de la moralidad; en primer lugar por eregir excelencias ficticias, tales como la creencia en los credos, los sentimientos devotos, y ceremonias que en nada contribuyen al bien del género humano, y porque hacia que éstos se aceptasen en lugar de virtudes genuinas: pero ante todo, por viciar y rebajar la norma de la moralidad; haciéndola consistir en la obediencia á la voluntad de un sér, al cual, por cierto, colma de todos los epítetos de la adulacion, pero que pinta con toda seriedad como eminentemente aborrecible. Mil veces le he oido

(1) Confiesa, sin embargo, que á la edad de trece años, las poesías de Campbell, Lochiel, Hohenlindén, etc., despertaban en él sensaciones que nunca habia experimentado hasta entónces.

decir, que todas las edades y naciones han representado á sus dioses como perversos, en una constante progresion creciente, que los hombres han ido añadiendo rasgo sobre rasgo, hasta que han llegado á la concepcion más perfecta de la maldad que pueda imaginarse la mente humana, y á eso han llamado Dios, y se han postrado ante él. El creia que este *ne plus ultra* de maldad estaba incorporado en lo que se presenta generalmente á la humanidad como el credo cristiano.»

Por lo visto no se le ocurrió nunca á Mr. Mill el preguntar si lo que presentaba la iglesia Escocesa y sus ministros como el credo de la religion cristiana, era realmente la única enseñanza que podia sacarse de la religion del Evangelio y de la idea de Dios. Pero abrigando esta creencia puramente negativa, cimentó en ella la educacion de su hijo.

«Hubiera sido completamente opuesto á las ideas de mi padre respecto al deber, el haber permitido que adquiriese yo impresiones contrarias á sus convicciones y sentimientos relativos á la religion: y ante todo, inculcó en mí la conviccion de que era cosa completamente ignorada la manera en que se verificó la primera formacion del mundo: que la pregunta «¿Quién te hizo?» no admite contestacion alguna, porque no poseemos experiencia ni noticia alguna auténtica en que fundar la contestacion; y que cualquiera contestacion que se dé, no hace más que echar la dificultad un paso más atrás, puesto que se presenta inmediatamente la otra pregunta: «¿Quién hizo á Dios?» Al mismo tiempo tuvo buen cuidado de que yo me enterase de lo que la humanidad habia pensado acerca de estos impenetrables problemas. He dicho ya á qué edad tan precoz me obligó á leer la historia eclesiástica; y me enseñó á fijar mi atencion particularmente en la Reforma que él consideraba como la grande y decisiva contienda entre la tiranía clerical y la libertad del pensamiento. Yo soy, por lo tanto, uno de los raros ejemplos que hay en este pais de aquellos que, no habiendo arrojado de sí la creencia religiosa, no la tuvieron jamás: me crié en un estado negativo respecto de ella. Miraba la religion moderna por el mismo prisma exactamente que la antigua, como cosa que en nada me concernía. No me causaba más extrañeza el saber que los ingleses creyesen en algo que yo no creia, que el leer en Herodoto que lo propio hicieron los hombres aquellos de quienes me daba cuenta en su libro.»

La descripcion que hace Mr. John Mill del carácter y de las opiniones de su padre, es tan singular é instructiva, que no podemos ménos de reproducir otro trozo de ella. Por él veremos que estos filósofos, habiendo rechazado absolutamente toda idea de revela-

cion, y condenado la fábrica toda de la religion cristiana, hubieran querido hacer retroceder las manillas del reloj del tiempo el espacio de dos mil años, y levantar de nuevo un verdadero paganismo, tomándolo prestado del tonel de Diógenes ó de la zahurda de Epicuro.

«En su modo de juzgar la vida participaba del carácter del estóico, del epicúreo y del cínico, no en el sentido moderno de estas palabras, sino en el antiguo. En sus cualidades personales predominaba el carácter estóico. Por lo que se refiere á la moral, era epicúreo, en cuanto que esta doctrina era utilitaria, y tenia por única prueba del bien y del mal la tendencia de las acciones á producir goce ó dolor. Pero apenas tenia (y esto constituia el elemento cínico) fe alguna en el goce, al ménos en sus últimos años, de los cuales únicamente, en lo que toca á este punto, puedo hablar con exactitud. No era insensible á los goces; pero creia que muy pocos de ellos valian lo que cuestan, al ménos en el estado actual de la sociedad. Solia atribuir la mayor parte de los infortunios y extravios de la vida al valor excesivo que dan los hombres á los placeres. Por consiguiente, la templanza, tomada en el sentido lato que le daban los filósofos griegos, venia á ser para él, como para aquellos, casi como el punto central de donde arrancan todos los preceptos de la educacion. Guardo aún vivo el recuerdo del ahinco con que se esforzaba á inculcar en mi alma esta virtud en mi infancia. Pensaba que la vida aún bajo las mejores condiciones, valia bien poco, pasada ya la frescura de la juventud y de la curiosidad no satisfecha. Era este un tema sobre el cual raras veces hablaba, y sobre todo, como puede suponerse, delante de gente jóven: pero siempre que lo hacia hablaba en tono de profunda y arraigada conviccion. Solia decir algunas veces, que si la vida fuera lo que pudiera llegar á ser merced á un buen sistema de gobierno y de educacion, valdria la pena de vivir; pero no habló nunca con entusiasmo, ni mucho ménos, ni aún de esta eventualidad. No vaciló nunca en apreciar el goce intelectual en más que cualquier otro goce, considerado únicamente como goce, independientemente de los beneficios ulteriores que pudiera acarrear. Daba un lugar preeminente á los goces que nacen de los afectos benévolos; y solia decir que los únicos hombres de edad felices que habia conocido, eran aquellos que habian logrado volver á vivir contemplando los goces de la gente jóven. En cuanto á las emociones apasionadas, mostraba hácia ellas y hácia cuanto se habia escrito en loor de ellas, el mayor desprecio. Las miraba como una especie de locura. «Lo intenso» era en su boca una palabra de censura depreciativa. Consideraba una aberracion de la moralidad de los tiempos modernos, comparada con la de los antiguos, la gran importancia que

se atribuye al sentimiento, creyendo que el sentimiento como tal no era digno ni de alabanza ni de vituperio. Lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo, le parecian únicamente cualidades de conducta, de acciones y omisiones; no habiendo sentimiento alguno que no pueda ser causa, y que no lo sea á menudo, de que cometa el hombre, ya acciones buenas, ya malas.»

Creia que la vida «valia bien poco.» Reducid á la naturaleza humana á sus impresiones naturales, convertid al hombre en siervo de las circunstancias y de las asociaciones, anulad los sentimientos del corazon, degradad los objetos que inspiran cariño, negad la autoridad de la conciencia, extinguid todo lo que hay de ideal en nuestra naturaleza, borrad todo lo divino, vivid en un estado de insensibilidad estudiada respecto de las bellezas del arte y la ternura de la simpatía, despreciad los goces, aún los más puros; no os entregueis á intensidad alguna de sentimientos, ó sólo á aquella en que os complacéis en vivir á despecho de todas las naturalezas más nobles que la vuestra, sustituid el amor con el odio como primer agente de la sociedad, y cuando hayais convertido el mundo en una cárcel tan horrenda, excludid de ella hasta la idea de un Creador benévolo y de una existencia mejor, y tal vez convendreis con Mr. Mill en que la vida, bajo tales condiciones, vale bien poco, una vez exhausta la juventud y satisfecha la curiosidad.

«Das ist deine Welt. ¿Ist das eine Welt?»

«Este es tu mundo. ¿Es este un mundo?»

Igual razon hay para despreciar la vida despues de haberla despojado de todo lo que la adorna, como para rechazar la idea de un Dios benévolo, porque ese Dios no ha expulsado el mal del universo. Con harta razon podia exclamar Macaulay, como lo hizo despues de disecar y apurar hasta la raiz el sistema de Mister Mill.

«¡Tal es la filosofia, por la cual debemos rechazar la experiencia de tres mil años: esa filosofia, cuyos partidarios hablan como si hubiese guiado al mundo al conocimiento de la navegacion y de la escritura alfabética, como si ántes de su albor, los habitantes de Europa hubiesen vivido en cuevas y se hubiesen comido unos á otros! Estamos hastiados, segun parece, como los hijos de Israel, de los objetos de nuestro antiguo y legítimo culto. Deseamos con vehemencia una nueva idolatria. Todo lo que hay de noble y de ornamental en el arca de nuestra inteligencia, debe ser vaciado y arrojado á la hoguera para que salga este becerro.» (Edin. Rev. vol. XLIX, página 185.)

Sea cual fuere el valor del ídolo, James Mill estaba dispuesto á sacrificarle su hijo, y colocándose en con

tradición resuelta con las tradiciones del género humano, trató de hacer entrar por fuerza á aquella joven y poderosa mente por las mismas angosturas y en los mismos grillos que fueron causa de que en tan poco tuviese él la vida. Afortunadamente no lo consiguió por completo; y precisamente la alborada y el progreso de más vivos y más nobles sentimientos en John Mill, quien poco á poco llegó á ponerse en antagonismo directo con gran número de los más predilectos dogmas de su padre, es lo que presta tan peculiar encanto á esta narración de su vida. Pero el esfuerzo y la lucha casi le costaron la existencia, y el bárbaro procedimiento de contorsion á que habia sido sometido desde su infancia dejó en él señales indelebles.

Edinburgh Review, núm. 283.

(La continuacion en el próximo número.)

LAS ISLAS DE CORAL

Y SUS ARQUITECTOS.

La *actinia* ó anémone del mar, que puede considerarse como tipo del pólipo del coral, es un saco de carne fijado por ancha base en una de sus extremidades, y teniendo en la otra una boca rodeada de palpos ó tentáculos. Su estómago consiste en otro saco más pequeño suspendido dentro del anterior, y unido por un extremo á la boca y por otro á la cavidad donde se encierra. La libre comunicacion del estómago con la cavidad general del cuerpo es uno de los caracteres más importantes y distintivos del grupo de animales á que pertenece la anémone marina.

Este grupo se llama *cœlenterata*, nombre derivado del griego, que expresa la particular estructura mencionada. El curioso estómago, abierto, está sostenido por una serie de hojas fibrosas que en forma de radios se unen á las paredes de la gran cavidad del cuerpo.

Las diversas partes de la anémone están dispuestas de modo que forman un número simétrico; este número es el seis. Las hojas fibrosas mencionadas son seis ó un múltiplo de seis, y lo mismo los tentáculos, cuando el animal se desarrolla libre y normalmente.

Dentro del agua del mar, y rodeado de las condiciones que mantienen su salud y bienestar, distiende su bella corona de tentáculos como una flor abierta, y brilla frecuentemente con magníficos colores; pero si le amenaza un peligro, si le toca rudamente un dedo, reconcentra sus tentáculos, se contrae alrededor de ellos, y en vez de una flor abierta, asemeja un capullo.

La *cariofilia* que se ve en nuestras costas unida á las rocas, durante las bajas mareas de la primavera, tiene la misma estructura esencial que la anémone, y posee la facultad de separar el carbonato de cal del agua del mar, depositando este mineral, partícula por partícula, en sus tejidos hasta calcificarse en gran parte, ó en otros términos, tiene la facultad de formarse un esqueleto de coral.

La *cariofilia*, con su esqueleto de coral, no vive, sin embargo, solitaria como la anémone marina: produce retoños como una planta, ó se reproduce dividiéndose en dos ó más fragmentos, y formando una colonia compuesta de pólipos productores del coral, cada uno de los cuales tiene su boca, su estómago y sus tentáculos, y provee á sus necesidades contribuyendo al mismo tiempo al bienestar de la colonia. La forma de ésta depende de la distribución y acrecentamiento de los retoños ó de los nuevos pólipos producidos por la division de los antiguos. Cuando permanecen estrechamente unidos resultan los corales compactos, como la *astrea* ó la *meandrina*; pero si se separan más ó ménos y se desarrollan en brazos distintos, producen los corales ramosos, como la *dendrofla* y la *madrépora*. Todas estas formas de corales constituyen los arrecifes y las islas de coral.

No debe creerse, sin embargo, que todos los animales del coral construyen los arrecifes. El coral rojo, por ejemplo, tan conocido en el comercio, jamás se reúne en arrecifes ó en bancos. Este coral, y algunas otras especies que tampoco forman rocas, difiere además en algunos puntos secundarios de la estructura de los verdaderos constructores de arrecifes, no siendo el número seis y sus múltiplos, sino el número cuatro y los suyos los que presiden la formación de las partes de su cuerpo.

Conocido el animal que produce el coral y su modo de reproducirse, veamos la region habitada por los constructores de arrecifes. Esta region forma una zona irregular, extendida á alguna distancia por ámbos lados del Ecuador, pero que no pasa nunca del lado 30 de latitud. Lo que sirve de límite á la zona es indudablemente la temperatura; y Dana, cuyo testimonio vale mucho, indicó que los límites meridionales y septentrionales los forman las líneas isotermas del grado 68, es decir, las líneas que pasan por los puntos del Océano, donde la temperatura en el mes más frío del año es de 68 grados Fahrenheit (20 grados centígrados). Estas líneas isotermas se apartan mucho de las paralelas de latitud, pues mientras en algunos puntos distan treinta grados del Ecuador, en otros se acercan bastante á la línea

equinoccial á causa de la influencia de las corrientes frías de los polos.

Desde que empezó la exploración de estos mares, admiró á los navegantes la extensión de los bancos de coral. A lo largo de la costa occidental de Nueva Caledonia hay un arrecife de 400 millas de largo, y cerca de la costa N. E. de Australia hay otro de más de 1.200 millas. A los trabajos de estos pólipos constructores de rocas se deben principalmente todas las bellas islas que esmaltan la parte tropical del Pacífico, y muchas de las del Océano Índico.

Los corales comparten esta zona prolífica del Océano con los millones de seres brillantes y activos que la pueblan, dándole un aspecto maravilloso. El aire, el calor y la luz se combinan en estas regiones produciendo con mayor intensidad que en ninguna otra parte, las condiciones para la vida animal.

El coral no vive sólo en la superficie de las aguas, sino también hasta la profundidad de veinte ó treinta brazas. A mayor fondo no se encuentra coral vivo ó en construcción, por faltar las condiciones de vida para los seres que lo forman.

En la parte superior de esta región la fauna del coral puede estudiarse perfectamente en su mayor desarrollo y en las mejores condiciones de su vida. La mar es trasparente como la esmeralda más pura, y la vista alcanza muchas brazas por debajo de la quilla del buque, pudiéndose observar la maravillosa belleza de los bancos, verdadero jardín submarino, donde los ramos del coral figuran las flores más bellas y los más graciosos y flexibles arbustos. No hay jardín al aire libre que reúna aquella profusión de formas, aquella incomparable riqueza de colores, donde el escarlata, el oro, la púrpura, la esmeralda y el blanco nieve se mezclan y confunden. Además, cada arbusto, cada flor, cada pétalo está dotado de sensibilidad; es un ser animado; tocadle y se contrae; alimentadle y digiere; la templada luz del sol y las caricias de las tibias olas le complacen.

Estas animadas flores submarinas no tienen vida perezosa; todo el día y toda la noche trabajan; ellas son los constructores del coral, los arquitectos de aquellas islas, los obreros perseverantes cuya infatigable energía ha hecho salir de las aguas millares de millas de tierra habitable.

Para proceder con claridad en el estudio de la naturaleza de estos trabajos conviene dividirlo en tres partes: 1.º La forma y estructura de los arrecifes. 2.º Su construcción. 3.º Sus relaciones con el hombre.

I. FORMA Y ESTRUCTURA DE LOS BANCOS DE CORAL.—Las formaciones de coral se dividen en tres clases, el atoll, atolon ó isla de las lagunas, el arrecife en barreras y el arrecife en franjas.

El atoll ó atolon es el tipo de la isla de coral. Figura un anillo irregular que sale del seno del Océano, generalmente revestido de riquísima vegetación tropical, rodeado de la corona de espuma que forman las aguas al quebrarse contra sus orillas exteriores, y encerrando interiormente una laguna ó lago de agua tranquila.

El anillo de coral tiene soluciones de continuidad en uno ó varios puntos, y por los canales que estas soluciones forman, pueden ordinariamente llegar los buques al tranquilo lago central, asilo cómodo y seguro contra las tempestades.

Difícil es imaginar nada tan delicioso como estas lagunas con sus graciosas palmeras y sus bosquecillos de arbustos, con su tranquilo lago interior y el agitado oleaje del mar, batiendo sus riberas, y sobre el anillo, y el lago, y el mar, el cielo deslumbrador de los trópicos.

Muchos de estos pequeños atolones inhabitados parecen realmente obra de magia, y hasta los animales salvajes que en ellos se encuentran parece que realizan las maravillas de un cuento de hadas, puestos allí bajo el poder de un encantador. Los exploradores americanos aseguran que en algunas de estas islas asustaba tan poco á los pájaros la presencia del hombre, que se les podía coger en las ramas de los árboles como si fueran flores.

En estas islas el lago central tiene de diez á veinte piés de profundidad, formando el fondo una arena de coral puro ó légamo fino de coral blanco. En las laderas arraigan especies de corales flexibles y parecidos á arbustos, en cuyas ramas tienen sus nidos millones de seres, que trepan por la roca de coral y se lanzan en las aguas del lago.

No sucede lo mismo en la costa exterior del anillo. De ordinario se extiende en ella el arrecife á bastante distancia, formando una pendiente suave, que cubre delgada capa de agua hasta que llega á un punto donde la profundidad aumenta de pronto, siendo insondable. Uno de los caracteres peculiares de esta clase de islas consiste, por tanto, en la brusca rapidez con que termina su orilla exterior en el Océano, y conviene fijarse en ello, porque ayuda á la explicación hipotética de cómo se forman dichas islas.

Cuando se extraen de diversas profundidades masas del coral que forma la isla, estas masas, hasta veinte ó treinta brazas de profundidad, son de coral vivo; pero más abajo son invariablemente de coral muerto; hecho que confir-

ma lo ántes dicho sobre el grueso de la capa de agua en que puede vivir el coral, y que debe también tenerse en cuenta para explicar la construcción de las islas.

Comprendida la forma del atoll no es difícil comprender las otras dos clases de formación de los arrecifes de corales.

El arrecife en barreras consiste en una cresta de coral parecida á la de un atoll, pero que se extiende paralelamente á la costa continental, ó rodea una isla ordinaria, á distancia bastante en ambos casos para formar entre la tierra firme y el arrecife un canal profundo de agua tranquila.

El arrecife en franjas difiere tan sólo del anterior en que es más pequeño, formando apenas canal entre él y la tierra que rodea con una franja de rocas de coral.

II. FORMACION DE LOS ARRECIFES.—Al descubrir tantas islas en los Océanos Índico y Pacífico que deben su existencia á la energía de los animales del coral, créese que éstos empezarian su obra en el fondo del mar á profundidades desconocidas é insondables, y que desde allí trabajarían, elevándose constantemente hácia la superficie de las aguas. Esta hipótesis destruye el hecho de que el coral no puede vivir sino en una capa de profundidad limitada.

La forma circular del atoll ha originado otra según la cual los animales del coral se agruparían alrededor del cráter de algún volcán submarino, y al elevar su fábrica hácia la superficie de las aguas conservaría ésta la misma forma que en la base. Para que esta hipótesis mereciera crédito habría que suponer que en la región del coral existían innumerables cráteres, casi todos al mismo nivel, es decir, dentro del límite donde el animal del coral puede vivir, lo cual es muy improbable; además, no hay cráter alguno conocido cuyo diámetro se aproxime á la dimensión del de muchos atolones.

La teoría universalmente aceptada hoy, única que puede explicar todos los fenómenos conocidos, y una de las más importantes con que se ha enriquecido la historia de la tierra en estos modernos tiempos, la debemos á Darwin.

La teoría de Darwin se funda en dos hechos incontestables, fisiológico uno, físico otro.

El fisiológico consiste en que, según hemos dicho ántes, los animales del coral no pueden vivir en profundidades ilimitadas, necesitando la presencia de la luz y otras condiciones que sólo pueden encontrarse cerca de la superficie del agua, por lo cual no pasa de veinte á treinta brazas la mayor profundidad á que pueden vivir los pólipos constructores de los arrecifes de coral.

Pero siguiendo los costados de los arrecifes se encuentra coral á mucha mayor profundidad. Aunque este coral esté muerto, claro es que en alguna época ha vivido, y que es necesaria una explicación que concuerde el hecho de la profundidad á que se encuentra y el de no poder vivir los pólipos que lo forman sino en la proximidad de la superficie.

El elemento físico de la teoría de Darwin lo explica del siguiente modo: Mientras el Océano conserva el mismo nivel en el globo en todas las edades, la parte sólida del planeta experimenta oscilaciones que alteran su nivel, elevándose en unos puntos y deprimiéndose en otros, en una extensión á veces de muchos miles de piés.

Numerosos hechos muy conocidos, tales como la depresión de la costa S. y S. O. de Escandinavia y de la occidental de Groënlandia y el levantamiento de las costas septentrionales de Escandinavia y Siberia demuestran la realidad de este fenómeno. Darwin combina los dos hechos fisiológico y físico para explicar la formación del coral.

Presenta una montaña saliendo de la superficie del mar en forma de isla escarpada, en la región de los constructores del coral, y que ofreciendo en sus flancos condiciones convenientes á los pólipos de que nos ocupamos, se unirán á ella formando corales hácia el fondo hasta donde les es posible la vida y hácia lo alto, hasta que la superficie del mar ponga un límite á la elevación ulterior de su edificio. Así se extiende un arrecife alrededor de las orillas de una isla, formando lo que se llama arrecife de franjas.

Pero supongamos que la isla está en la región donde la corteza sólida del globo se deprime, y ha empezado á hundirse lentamente en el mar arrastrando con ella la franja ya formada del coral á profundidades incompatibles con la vida de los pólipos. Estos, impulsados por un instinto infalible, continúan simultáneamente su trabajo hácia arriba á medida que la tierra se va hundiendo gradualmente, y así el arrecife se va elevando hácia la tibia superficie del mar iluminado por el sol, donde se encuentran todas las condiciones de vida para el coral, mientras que las partes inferiores se van sumergiendo á profundidades donde los primitivos corales pierden la vida.

Así crece el arrecife, y como el coral se produce con más fuerza en el borde exterior, donde el Océano presenta las mejores condiciones para el desarrollo de la vida animal, esta parte llega pronto á la superficie del agua, mientras que el crecimiento interior no sólo lo detiene la disminución de las condiciones antedichas, sino también la acumulación de fragmentos que el oleaje

arranca de las rocas reduciéndolos á arena y lodo de coral y rechazándolos hácia la tierra firme; de este modo se va formando un canal entre la parte superior del arrecife y la tierra donde aquel descansa, y lo que en un principio fué un arrecife en franjas, se convierte en un arrecife en barreras.

Mientras se verifica este fenómeno, los fragmentos de coral rotos por las olas se acumulan en la parte superior del arrecife, que paulatinamente se va elevando sobre la superficie del agua, en forma de una larga banda de tierra seca separada de lo que queda fuera del mar de la primitiva isla, por el canal intermediario de agua tranquila, y capaz de formar con el tiempo y por la descomposición de la superficie, un suelo donde las plantas terrestres puedan arraigar.

Pero no acaban los cambios con la formación del arrecife en barreras, porque la depresión continúa y la antigua tierra se hunde cada vez más en el mar, llevando consigo los pólipos de coral á los sombríos abismos del Océano, donde inevitablemente perecen. Desaparece al fin el punto más elevado de la antigua isla, borrando las aguas todo rastro de tierra.

Los arquitectos del arrecife continúan, sin embargo, su trabajo. A medida que las partes inferiores de éste se van hundiendo, las superiores se extienden simultáneamente en un banco de coral vivo hácia la superficie, á la cual llegan en forma de arrecife más ó menos circular, sobre el cual se rompen las olas, y que contiene en el interior y en el sitio que ántes ocupaba la isla un lago tranquilo. El arrecife en barreras se ha convertido en atoll.

En el curso de los cambios que acabamos de reseñar el espesor de la capa de coral vivo es constante, y desciende desde poco más abajo de la superficie del agua hasta el límite donde el coral no puede vivir. El coral muerto va aumentando proporcionalmente á medida que la tierra se hunde.

Resulta, pues, que el atoll indica el punto donde una isla ordinaria se ha sumergido, y que toda la región de los atolones y arrecifes en barreras ha ido gradualmente deprimiéndose. De este estudio de la formación de los arrecifes de coral se deduce que en la región donde el Océano Pacífico separa en la actualidad el antiguo del nuevo mundo, hubo en la antigüedad un continente con montañas y llanuras; continente que el mar ha sumergido, exceptuando las más elevadas mesetas y los picos de las más altas montañas, y que los constructores de coral han rodeado con sus circulares arrecifes de rocas los últimos vestigios de este antiguo país, mar-

cando cada atoll el sitio donde el pico de una montaña ha desaparecido bajo las aguas.

En las regiones que se extienden más allá de la zona donde el coral vive, la tierra ha podido también deprimirse, pero sin dejar rastro alguno de su pasada existencia, porque los constructores de los arrecifes no pueden vivir en las aguas frías, y nada hay que los reemplace para perpetuar el recuerdo de continentes que han desaparecido.

III. LA ISLA DE CORAL EN SUS RELACIONES CON EL HOMBRE.—El atoll, cuya formación hemos descrito, no es, sin embargo, una tierra muerta, sino un arrecife sumergido, sobre el cual se extienden las olas, porque los pólipos no trabajan fuera del agua. Sufrirá por consiguiente nuevas modificaciones. Los fragmentos arrancados por las olas á los bordes exteriores se amontonan en la superficie que sale del mar, elevándola progresivamente. El coral en descomposición cubre los arrecifes de una capa fértil, á la cual las corrientes oceánicas y los vientos pueden conducir semillas de otros países, llenando de vegetación el atoll, y apropiándolo á la existencia del hombre y de los animales. Multitud de aves marinas encuentran allí un abrigo, y las terrestres, que llegan de apartadas regiones, una tierra habitable. Las olas arrojan á la desierta orilla el tronco del árbol desarraigado con el insecto y el reptil que no han podido abandonarlo, y el insecto y el reptil pueblan con nuevas especies la tierra vírgen. También la descubren algunos grandes murciélagos frugívoros, pero ningún mamífero ha formado jamás parte de la fauna primitiva de las islas del coral. El último ocupante ha sido sin duda el hombre; pero ¿de dónde ha ido? ¿De qué raza proviene la inmigración? No hay prueba alguna para demostrarlo.

Exceptuando el grupo Fidji y algunas de las elevadas islas rodeadas de coral que se encuentran en la extremidad occidental de la zona, y cuyos habitantes son negros caracterizados por el color de su piel, sus crespos cabellos y sus facciones repulsivas, en el resto de la región del coral del Pacífico domina un tipo uniforme, cuya piel es de color más claro, los cabellos lisos y ondulados, y que tiene algunos puntos de afinidad con las razas malayas del oeste de Asia. No deduciremos de esto que las islas han sido necesariamente pobladas por emigración directa desde las riberas asiáticas. Admitiendo que las altas islas, rodeadas de arrecifes, representan los últimos vestigios de un continente sumergido, posible es que en ellas quedaran los restos de la raza que lo habitara. Pero sea ó no cierta esta hipótesis,

puede asegurarse que los atolones han debido poblarse independientemente por seres humanos llegados de las vecinas islas ó de lejanos continentes. El atoll se ha elevado del fondo de las aguas desprovisto de vida terrestre, y han debido trascurrir muchos siglos ántes de que el hombre perturbara la soledad de sus orillas. Puede tambien suponerse que algunos salvajes, apartados de su camino por vientos contrarios, han llegado con sus canoas á las playas y tomado posesion del país de los pólipos. Los peces del lago central, los moluscos de las costas, los frutos de los árboles, les han proporcionado alimento. Descubrieron en seguida que un pozo abierto en la roca coralina llegaba á un depósito de agua dulce, formado por las lluvias al atravesar las capas permeables de la superficie, el frotamiento de dos pedazos de madera seca les proporcionó fuego, y una piedra aguda, fija al extremo de la lanza les facilitó la lucha por la existencia.

Los años se suceden y con ellos los descendientes de los primeros hombres que accidentalmente llegaron á las islas; pero aunque la experiencia les haya enseñado muchas cosas; aunque hayan adoptado una imperfecta division del trabajo y establecido una especie de estado social rudimentario, los habitantes primitivos, en vez de sobreponerse á las condiciones físicas en que vivian, se adaptaron á ellas, y el trascurso de los siglos ha producido muy pocos cambios, porque la isla de coral no es apropiada para el desarrollo humano. Sin una colina que altere la uniformidad de la superficie, sin una corriente de agua que riegue un valle, sin ningun mineral en la invariable roca caliza-coralina, sin otro mamifero que el murciélago, los habitantes, privados de comunicacion con los de otras regiones, han adquirido necesariamente pocas ideas. Los productos naturales de la isla bastan para satisfacer sus escasas necesidades, y por tanto, ni necesitan un esfuerzo, ni hallan un estimulante á su desarrollo. Más tarde otros pueblos, donde la ciencia y la civilizacion han crecido, llevarán á la Isla de Coral la civilizacion y la ciencia.

Muchos siglos despues la raza predestinada que partió de lejanas riberas llega á la isla; raza inteligente, poderosa y capaz de perfeccion lleva allí la nueva civilizacion con todos sus bienes y tambien con todos sus males; pero como el bien es mayor que el mal, la faz modesta de la isla se cambia por otra más floreciente; las relaciones sociales se perfeccionan; se dictan leyes; á los ritos salvajes de una supersticion degradante, sustituyen creencias más nobles y puras. La estrecha política, reducida á los límites del propio banco de coral, desaparece; unas islas se unen á

otras con relaciones de interés comun, naciendo la vida nacional en el archipiélago del pólipos. Los productos de otros países suplen los que allí faltan. Se cultiva la vegetacion útil; la industria recoge sus frutos y las perlas y los productos del lago; el comercio nace, y la Isla de Coral entra en el concurso general de las naciones.

G. J. ALLMANN.

(Revue scientifique.)

EL AUTOR DEL STABAT MATER.

El más famoso de todos los himnos cristianos de la Edad Media es, indudablemente, el *Stabat Mater*; pues nada iguala á la sublime sencillez de las palabras evangélicas: «Al pié de la cruz estaba la Madre de Jesus», y no hay frases que puedan compararse á las estrofas célebres que cantan este inmenso dolor. Ningun hombre ha interpretado la afliccion de la Virgen ni compadecido tan profundamente su tristeza como el monje franciscano del siglo XIII. El más ardiente sectario de ese frio protestantismo, que agotando las invectivas contra la Iglesia romana la llama «Madre de abominaciones», olvida que está escuchando un canto consagrado por la liturgia católica, y, sin quererlo, cede á su conmovedora influencia.

Y en verdad que es preciso ser bárbaro para no dejarse arrastrar por la lúgubre majestad, por la angustiosa tristeza de los primeros versos del himno que describe con sublime elocuencia el drama del Calvario. Al acumular el poeta los acentos del dolor, diríase que no los encuentra bastante enérgicos para expresar los sufrimientos de aquel corazon maternal. Dante, que en su inimitable epopeya habla de los desgraciados que á fuerza de llorar han quedado sin lágrimas, no hubiese pintado mejor el dolor de la Virgen María.

Desde la segunda estrofa, el espectáculo de este dolor confunde al poeta, que exclama gimiendo: *O quam tristis et afflicta fuit illa benedicta Mater Unigeniti*. Despues reanuda la forma dramática para decir, nuevamente vencido por la emocion: *Ecce Mater, fons amoris...* porque no puede ser narrador ni espectador tranquilo de la desolacion que contempla. Tomando parte en la angustia, las lágrimas humedecen sus ojos; siente comprimirse el corazon, y sus pálidos labios pronuncian la ardiente plegaria: «Santa Madre: haz que las llagas del Crucificado se graben en mi corazon», adivinándose en esta metáfora el deseo de una sangrienta realidad. El poeta quiere llevar en sus miembros, como Francisco de Asís, los santos estigmas del Salvador. Desde este momento la plegaria continúa hasta el fin del himno, sin que la narracion la interrumpa. El alma agonizante al pié de la cruz se

entrega á la fervorosa adoracion que la consume, y á medida que el poema avanza hácia su desenlace, se la cree ver encorvada bajo el peso de que no quiere librarse, y oír una voz que pronuncia eterna súplica.

¿Por qué ha llegado á ser este poema uno de los cantos preferidos del pueblo cristiano? Su autor pertenecía al mundo: la colina en que vivía era el centro del universo moral, y las emociones que describía comunes á la humanidad civilizada. Los gritos del piadoso monje atravesaron los muros de su estrecha celda y encontraron eco en las masas de Italia y Alemania. Apasionáronse los peregrinos del siglo XIII por esta elocuente apoteosis del sufrimiento, y en el curso de sus largas procesiones, arrodillados delante de los oratorios de la Virgen ó de los Crucifijos que encontraban, sus conmovidas voces entonaban el himno de la Madre doliente; canto sagrado que hacia correr las lágrimas por muchos semblantes y latir innumerables corazones. Pocos había entre ellos que no llorasen la pérdida de algún ser amado, y si algo les consolaba era la idea de aquella Madre de los dolores, que había sufrido más que todos ellos, y cuyos brazos estaban siempre abiertos para recibir á sus hijos desgraciados.

Numerosas son las traducciones de este himno; pero ¿cuál de ellas reproduce la original belleza de los «versos leónicos» cuyo latín bárbaro se olvida al admirar el sentido! La misma monotonía del ritmo infunde tristeza, produciendo la sensación de un prolongado quejido de angustia.

No necesitaba, ciertamente, una obra tan bella que la acompañase la música; y sin embargo, lo han intentado casi todos los grandes compositores. Desde su aparición, unió á ella la Iglesia una melodía admirablemente sencilla, que es popular, porque, en definitiva, es la que mejor conviene al texto. Joaquín de Prés, en el siglo XV, y Palestrina en el XVI, empiezan la serie de los músicos que se han inspirado en esta poesía tan simpática y difícil de interpretar. Siguióles el sombrío Astorga, y después Pergolesi, de cuyo *Stabat* se ha dicho que no podían oírle los ángeles sin llorar, cerrando Rossini la serie de los grandes compositores del *Stabat*.

Veamos quién era el autor del *Stabat Mater* y las circunstancias en que lo escribió.

Sobre una colina en la orilla izquierda del Tíber, y en la bella provincia de Umbria, hay una población etrusca, Tudertum, conocida hoy con el nombre italiano de Todi.

Célebre en los antiguos tiempos por el genio batallador de sus moradores, conservaba aún en la Edad Media una fortaleza y tres murallas, una de ellas construida por los fundadores del pueblo. Allí nació en la primera mitad del siglo XIII, hijo de una familia noble, Santiago Bendetti. Educado conforme exigía su rango, cuando tuvo la edad conveniente le enviaron á la fa-

mosa universidad de Bolonia. Sin atender para nada á su vocación, los padres le dedicaron desde luego á la jurisprudencia.

Sucedía generalmente que el estudio de las leyes consiste en aprender á eludir la ley, en lo cual eran, sin duda, muy expertos los estudiantes de Bolonia, porque Santiago en uno de sus poemas habla de su universidad en términos tales, que no prueban el proverbial amor de la juventud estudiosa á su *segunda madre*.

«Si quereis aprender á hablar, dice, y á perder el tiempo en inútil charla; si aspirais á no cumplir con vuestro deber, lo alcanzareis con la ciencia que se enseña en Bolonia; ciencia que estimula estos deseos, aumenta esta ambición, y que, por último término, produce el desencanto y la tristeza.»

Nada dice la historia de la juventud de Santiago Bendetti, sabiéndose sólo que, después de tomar todos los grados, establecióse, como abogado, en su pueblo. Italia era entonces el paraíso de los legistas, y debe presumirse que por su mérito personal y por las relaciones de su familia, Santiago hubiese sido pronto el primero de los abogados tudertings, cayendo después de algunos años de glorioso ejercicio de la abogacía en completo olvido, si algún célebre proceso no transmitía su nombre á la posteridad.

Casó pronto Santiago con una joven *bella é timorosa di Dio*. Según reza la crónica, parecía destinado á ser origen de numerosa descendencia y modelo de padres de familia y de abogados; pero el cielo lo dispuso de otro modo. Dios le había elegido para instrumento de su voluntad, y llega un momento, más ó menos pronto, en que los elegidos rompen todos los lazos terrenales para obedecer la inspiración divina.

La mujer de Santiago acudió sola cierto día á una gran fiesta del pueblo; y cuando el esposo estudiaba en casa una espinosa cuestión de derecho, vinieron á decirle que aquella se moría. Apresuradamente acudió en su auxilio; pero sólo llegó á tiempo de verla espirar en sus brazos. Cuando á la difunta quitaron, para amortajarla, las vestiduras, notóse que llevaba un cilicio alrededor del cuerpo.

Esta catástrofe, que le privaba en la flor de la edad de su adorada esposa, produjo tal impresión en Santiago, que alteró su razón para siempre, al menos, según las apariencias mundanas.

¿Quién puede decir en qué consiste la locura en este mundo! ¿Quién determinar los que son cuerdos y los que son locos!

Santiago abandonó su profesión y sus amistades, viviendo sólo para su dolor. En este aislamiento creía oír una voz que le aconsejaba entregar sus bienes á los pobres, á fin de acaparar tesoros para el cielo; y resuelto á seguir esta advertencia determinó consagrarse por completo á Dios.

Comentóse, sin duda, esta determinacion en el pueblo, y los chicuelos de Todi, que veian pasar al respetable legista con la cabeza y los piés desnudos, inquieta la mirada y desordenadas las vestiduras, le seguian llamándole *Jacopone*, es decir, Santiago el tonto; calificativo que escuchó con alegría y del cual se vanagloriaba.

«Mi hermano, decia, cree ilustrar la familia con su talento; yo la ilustraré con mi locura.»

«¡Santa locura! escribia en sus poemas. Quien se vuelve loco por amor á Cristo adquiere la verdadera sabiduría. En Paris no agrada esta filosofía, y quien por Dios se vuelve allí loco sólo encuentra penas y persecuciones: sin embargo, es elegido doctor en derecho divino.»

La única aspiracion de Bendetti fué separarse del mundo para acercarse á Dios, y este deseo le indujo á convertirse en un Diógenes cristiano. Refiérese á propósito de tal manía la siguiente anécdota característica: Uno de sus parientes, que le trataba con cierto menosprecio, sin duda á causa de su locura, dióle un dia un par de pollos para que los llevara á su casa. Al volver á ella algunas horas despues, sorprendióle no encontrar los pollos; y al preguntar á Jacopone dónde estaban, contestóle que los habia depositado en la capilla sepulcral que en la Iglesia tenia su familia, porque, añadió, el salmista dice: *sus tumbas serán sus casas*.

La locura de Bendetti puso de manifiesto algunas de sus facultades, y le hizo poeta ó, al ménos, le reveló que lo era. La Virgen y su divino Hijo fueron para él objeto de apasionado culto, y este místico sentimiento inspiróle cantos elocuentísimos. Pasaba los dias y las noches de rodillas delante de una imagen de la Virgen, asociándose á sus alegrías y llorando sus dolores; y probablemente en uno de aquellos éxtasis compuso el *Stabat Mater*, cada uno de cuyos versos parece escrito con una gota de su sangre. Recompensóle la Virgen con una inspiracion constante, llegando á ser uno de los primeros trovadores espirituales de Italia.

En tal situacion de ánimo, Santiago Bendetti no podia vivir en el mundo; el convento le atraia, y pidió asilo á los franciscanos; pero los franciscanos, que tenian ya bastantes locos en la órden, se negaron por mucho tiempo á admitirle. Abrieronle por fin las puertas del claustro dos poemas: el primero titulado *Udite nuova pazzia*, comenzaba así: «Oid la nueva locura que se ha apoderado de mí; quisiera estar muerto, porque he tenido vida de pecador.» El otro poema, escrito en latin, se titulaba: *¿Cur mundus militat sub vana gloria?*

«¿Quién dirá, escribe, dónde está Salomon y su gloria? ¿Dónde Sanson ante el cual huia el enemigo? ¿Dónde el bello Absalon con su larga cabellera y ricas vestiduras? ¿Qué fué de César, gran general y hombre

opulento que se deleitaba en los festines? ¿Dónde hallareis á Tulio, de dorada lengua, á Aristóteles, de inteligencia preclara?... No llameis vuestras las cosas de este mundo, porque el mundo os quitará pronto lo que os dé. Dirigid vuestro corazon á Dios y dejadlo descansar en el éter. ¡Feliz quien odia y desprecia al mundo!»

Celebrando los frailes tener tan gran poeta en su órden, recibieronle con los brazos abiertos, y en 1278 vistió el hábito de San Francisco con tanto placer, que exclama en una de sus obras:

«¡Oh, cara celda mia, me atraes como el iman y pareceme que me miras con tanto amor que nunca quisiera separarme de tí! Déjame pasar toda mi vida contigo.»

No hay para qué decir que la vida de Santiago era de las más austeras, y despues de haber gozado de las comodidades que la riqueza proporciona, pareciale poco grosero el hábito y poco frugal la comida. Cuéntase, que tentado un dia por el demonio para quebrantar el voto de abstinencia, castigóse de tan culpable deseo cogiendo un pedazo de carne y colgándolo en su celda. La carne se pudrió, y Santiago vivió varios dias respirando la atmósfera viciada por los miasmas. Sólo Dios sabe lo que le hubiera acontecido á no visitar el padre guardian la celda, y mandar que se llevaran el pernicioso objeto.

El nuevo fraile continuó, sin embargo, con las originalidades y rarezas que tanto divertian á los muchachos vagabundos de su pueblo. Escribió en la soledad de su celda varios poemas, que popularizaron pronto su nombre, porque exceptuando dos, escritos en latin, todos lo estaban en el dialecto de la Umbría, pudiéndolos leer y entender las clases populares, y creciendo, gracias á los escritos de Santiago, la influencia del claustro en aquella comarca.

Ya hemos visto su desprecio á la jurisprudencia: véase ahora una de sus estrofas contra la ciencia humana:

«Me apartaré de Platon; desdeñaré las sutilezas de Aristóteles, porque nada de esto aprovecha y engendra miseria y tristeza. Sin ellos puede llegarse á la sencilla y pura inteligencia de las cosas; sin ayuda de la filosofía puede verse la cara á Dios.»

La particularidad de estos poemas religiosos, y en lo que más difieren de los antiguos himnos, es la carencia de dogmatismo. El poeta pudo adoptar por lema las palabras de Neandro: «El corazon es quien hace los teólogos», y si hubiera de clasificársele dentro de alguna escuela, seria en la de los místicos. ¿Qué es el misticismo sino la confesion de que el sentimiento humano es más grande que la teología, y que la religion, fuente de amor, puede llevar el alma al cielo sin el auxilio de la doctrina? Jacopone miraba de rodillas en su corazon escribiendo lo que en él veia, y así nacieron sus poemas inmortales.

Hay en ellos incorrecciones y faltas graves, porque la musa de Jacopone, si de ordinario habitaba en lugares sagrados, no olvidaba á veces acudir á los mercados y hablar el lenguaje que en ellos se usa. No se debe olvidar la época bárbara en que el poeta vivía, y en la cual se acostumbraba á llamar las cosas por su nombre. La verdad se presentaba entonces desnuda; no había llegado el tiempo de esta generacion mogigata que la viste con brillantes oropeles á riesgo de confundirla con la falsedad. Además, ¿quién se acuerda de las rarezas del fraile ó de la credulidad del poeta, cuando piensa en la varonil energía, en la exquisita sensibilidad, en la pasión de divino amor que le singularizan? Un día le encontraron llorando, y al preguntarle por la causa de aquella aflicción

«Lloro, dijo, porque el amor no es amado cual debiera serlo.»

En la ficción de la lucha entre el cuerpo y el alma aquel sólo pide vivir, y el poeta pone en boca de Cristo estas patéticas palabras:

«Hijo mío, tengo razón al quejarme porque cada vez huyes más de mí. Yo deseo tu salud, no te apartes por más tiempo. Te daré mi reino, alejaré de tí cuanto pueda ofenderte, pagaré las deudas que en tu ceguera has contraído...»

«¡Desgraciado de mí! exclama más adelante; mi corazón está frío y dormido; ¿por qué no me hacen suspirar las angustias del amor? Yo no encuentro á mi amado en este mundo... ¿No ha creado Dios el alma para que viva en puro estado de nobleza? Si la hija del rey de Francia con sus vestiduras de corte y la perspectiva de un trono se entregara á amores indignos de ella, ¿qué se diría?»

Y continúa en una ardiente plegaria: «¡Oh! ¡Mátame antes de permitir que te ofenda! ¡No advierto cambio en mí. Pronuncia la sentencia, porque ha tiempo que he incurrido en el pecado!»

Más adelante añade: «Embriagado en tu amor déjame abrazarte tan estrechamente que no haya fuerza capaz de separarme de tí.»

Triunfa por fin, y entregado á la dicha del descanso, dice: «Ya no lloro, porque he encontrado el Cordero, y mi razón duerme en paz en el seno de la eterna unidad... Mi alma descansa en Dios, no pudiendo escapar de lo profundo del inmenso lago en que está sumergida.»

Lo poco que escribió en prosa el poeta franciscano fué sobre asuntos místicos. Definía el amor divino de esta manera: «Cuando pedimos alguna cosa á Dios y sin obtenerla le seguimos amando como ántes, ó cuando habiendo alcanzado lo que pedimos le amamos doble que anteriormente, podemos decir que poseemos el amor de Dios.»

Hé aquí una de sus parábolas:

«Tenía una joven cinco hermanos: uno músico, otro pintor, comerciante el tercero, el cuarto médico

y decorador el último. La joven poseía un magnífico diamante, que todos sus hermanos deseaban. El músico fué en su busca, y le dijo: «Véndeme tu diamante.»—«¿Qué me das por él?», preguntó la hermana.—«Te daré una hermosa canción.»—«Perfectamente, pero cuando la canción termine ¿qué me quedará? nada; pues me guardo el diamante.» Iguales contestaciones dió á los demás hermanos. Presentóse un príncipe bello, á quien la joven hizo la misma pregunta, y éste respondió: «Me casaré con vos y sereis completamente mía.» La joven entonces le entregó el diamante. El diamante es el alma, los cinco hermanos los sentidos, y el regio amante el rey de los reyes que quiere el alma para sí.»

Por desgracia suya, Santiago Bendetti no escribió sólo poemas sagrados. Su fogoso carácter le indujo á componer sátiras contra los vicios de la época, y muy especialmente contra los del clero. «La pobreza, dice, llama en vano á las puertas de los prelados. Jesucristo llora y se lamenta cuando ve á la injusticia y al pecado con morada en su Iglesia. ¿Dónde están los exaltados padres de la fe? ¿Dónde los profetas mensajeros de esperanzas? ¿Dónde los apóstoles llenos de amor, los heroicos mártires, los sabios doctores y los obispos imitadores del Buen Pastor?» El poeta mira á su alrededor, y sólo encuentra bastardos.

Mezclóse además Bendetti en las querellas que agitaban entonces los ánimos en Italia. Acababa de morir el Papa Celestino V, después de haber dimitido la autoridad pontificia, y se acusaba á Bonifacio VIII de no ser completamente ajeno á esta muerte (1). Bendetti no quería que Celestino aceptase la tiara, y hasta procuró disuadirle. «Pedro de Morron, le dijo; pon en prueba tu humildad. Si abandonas el claustro por la tiara, tu corta vida será un suplicio.» Algun tiempo después le decía: «Cuando pronunciastes el sí oprimíame el corazón... La carga que echas sobre tus hombros será para tí eterno tormento.»

Bendetti se unió á los enemigos implacables que combatieron á Bonifacio VIII desde el momento que ocupó el trono pontificio. Cuando la toma de Palestina completó la victoria de Bonifacio, el monge franciscano tuvo que expiar en una prisión los atrevimientos de una pluma más terrible que la espada de los Colonna. No por ello se entibió su ardor, sino que continuó escribiendo, y en uno de sus poemas habla de sí en estos términos: «Jacopone, ya estás sometido á la prueba. ¿Cómo la soportarás?» Y en seguida cuenta todos los dolores de su cautiverio.

(1) San Celestino V era un pobre monge en quien nadie había pensado para la Sede Pontificia, y que fué elegido porque las divisiones del Sacro Colegio impidieron el nombramiento de alguno de los otros candidatos. A los cinco meses, encontrando la carga demasiado pesada para sus fuerzas, dimitió el pontificado.

Su sucesor Bonifacio, temiendo que Celestino sirviera de pretexto á algun cisma, le detuvo é hizo guardar en el castillo de Fomone, donde murió á los 81 años de edad y diez meses de cautiverio.

Lo único que no pudo sufrir con paciencia fué la excomunion que contra él lanzó el Papa. Esta sentencia pesaba sobre él como si le ahogase. «Escucha mi súplica, decía al Papa: pronuncia palabras de absolución.» Verse anatematizado por el Vicario de Jesucristo, y separado del mundo cristiano en el momento en que el jubileo secular llevaba á Roma millares de peregrinos, era dolor insufrible para un místico. Desde entónces su estimacion decayó, y sus súplicas al Papa eran incesantes. «¿Por qué ¡oh Pastor! no tienes piedad de mí? decía. ¡Oye mis gritos de desolacion! ¡Borra la condena que me separa de los fieles! Si el castigo que sufro no te satisface, condéname á otras penas, pero librame del oprobio en que vivo.»

Inútiles fueron las quejas del excomulgado. El Papa continuó inflexible, y entónces Bendetti escribió contra Bonifacio sátiras violentísimas. Al pasar un día el Papa por delante del calabozo donde estaba el incorregible fraile, llamóle al través de los hierros de la ventana: «Jacopone, le dijo, ¿cuándo saldrás de la prision?»—«Cuando tú entres en ella, le contestó.»

Estas palabras, pronunciadas con la intencion de que fuesen proféticas, si no llegaron á serlo, modificaron la suerte de ambos personajes. Dos años despues Bonifacio moria en Roma á consecuencia de los acontecimientos de Angani, y ántes de que terminase el segundo año, Jacopone acababa en paz en un convento de Cellarine su borrascosa existencia.

A fines de 1396 cayó gravemente enfermo, y viéndole en peligro de muerte quisieron los frailes darle el Viático; pero Santiago se negó á recibirlo de otra mano que no fuese la de su amado Juan Dell'Averna. Acababa de recitar su himno *Oh, anima benedetta*, cuando este amigo suyo, que vivia á gran distancia, é ignoraba la enfermedad de Jacopone, entró en la celda. Este recibió entónces la comunión, durmiéndose en la eternidad la noche misma del nacimiento de Nuestro Señor, y murmurando al morir: «*Jesu nostra fidanza, del cuor somma speranza.*»

En su tumba grabaron el siguiente epitafio:

OSSA B. JACOPONI DE BENEDICTIS
TUDERTINIS, FR. ORDINIS MINORUM,
QUI, STULTUS PROPTER CHRISTUM
NOVA MUNDUM ARTE DELUSIT
ET CÆLUM RAPUIT
ORDORMIVIT IN DOMINO DIE XXV DECEMBRIS
ANNO MCCCVI.

Tresatti hizo una edicion de sus obras, acompañándolas de voluminoso comentario. Las poéticas se dividen en siete libros, á saber: I. Sátiras. II. Cánticos espirituales. III. Odas. IV. Cánticos de la penitencia. V. Teoría del amor divino. VI. Cánticos del amor. Y VII. El secreto espiritual.

Sus obras en prosa tienen los siguientes títulos: Cómo el hombre puede saber que posee la caridad.— De la humildad, ó sea, de cómo el hombre llega á des-

preciarse á sí mismo.—Del triple estado del alma.— De los cuatro combates del alma.—De la reforma de los cinco sentidos, parábola.—De la lucha entre la razon y la conciencia.—Del estudio de las virtudes.— De los cinco escudos de paciencia.

La edicion de Tresatti no contiene el *Stabat Mater*, pero la tradicion sobre este punto no permite dudar que Santiago Bendetti sea el autor. Tampoco menciona Tresatti el cántico *Cur mundus*, que con el *Stabat*, son los dos únicos poemas latinos que escribió el monge de Todi.

Trascribimos la primera y la última estrofa del texto original, porque cualquier traduccion desfiguraria la obra.

Cur mundus militat sub vana gloria,
Cuyus prosperitas est transitoria?
Tam cito labitur ejus potencia
Quam vasa figuli quæ sunt fragilia.

Nil tuum dixeris quod potes perdere.
Quod mundus tribuit intendit rapere.
Superna cogita, cor sit ni æthere,
Flix qui potuit mundum contemnere.

Todas estas obras no hubieran librado del olvido á Bendetti, si no fuese autor del himno inmortal de dolor que la cristiandad repite desde hace quinientos años con lágrimas en los ojos. Despues de Bendetti vino el Atlas de la Edad Media, Dante Alighieri. El monge franciscano fué su profeta.

A. V.

(*Macmillan's Magazine*).

ANTONIO SELVA.

Bellísimo espectáculo presentaba en la noche del sábado 21 el teatro de la ópera de esta capital; el público ansioso se apiñaba en todas las localidades, advirtiéndose claramente en la impaciencia de los espectadores que acudian á una solemnidad musical.

Antonio Selva, el artista amado de los inteligentes y de los aficionados, de cuantos de continuo lleva al coliseo de la plaza de Oriente el ánsia de disfrutar los puros goces de la música, se despedia para siempre de la escena, y no querian pecar de desagradecidos aquellos á quienes tantas veces habia arrancado gritos de admiracion y exclamaciones de entusiasmo.

La despedida ha sido el último triunfo del eminente artista, triunfo que empañaba la amargura de perder una de las glorias más legítimas de la música dramática.

¿Quién es Antonio Selva?

En el año de 1825 nació en Pádua, y durante su juventud intentó, por deseo de sus padres, y con-

tra el suyo, seguir inútilmente varias carreras. Dedicado por fin á la música, y admitido como contralto en la gran cantoría de San Antonio de Pádua, fué al poco tiempo corista en el teatro de esta ciudad.

«Su primer paso decisivo en la carrera del arte, dice el reputado crítico Sr. Peña y Goñi (1), se debió á una circunstancia fortuita y curiosa en extremo.

»Cantábase una noche en el teatro de Treviso el *Nabucodonosor*, de Verdi. Llegado el concertante del acto segundo, dispararon con tan mal acierto el rayo, que no contento éste con descoronar á *Nabuco*, hubo de lesionar gravemente la cabeza del desdichado monarca. Herido el rey de Babilonia suspendióse la representación, y el empresario salió inmediatamente para Venecia con el objeto de hallar un cantante que reemplazara al pobre lesionado.

»Selva estaba entónces en la que fué reina del Adriático. Oyóle el empresario, y prendado de la hermosa y poderosa voz del jóven cantante, contratóle en seguida, obligándole á salir á las pocas horas para Treviso. Llegan á esta ciudad los dos viajeros y se dirigen al teatro, donde Selva encuentra á todos los profesores de la orquesta, al director y á la presidencia (2), esperándole para ensayar el papel de *Zaccaría* en el *Nabucco*.

»La presidencia, que vé llegar á un jóven inberbe y algo escuálido, protesta enérgicamente contra la elección hecha por el empresario, y se niega resueltamente á oír á Selva, por juzgar su edad (tenia 18 años) y figura impropias para sostener dignamente la majestad y fuerza vocal que quiere el papel de *Zaccaría*. Ajeno por completo á este incidente Selva, con su maleta en la mano, se entretiene en conversar amigablemente con algunos coristas, hasta que la presidencia, vencida por las súplicas del empresario, se resigna á oír de mala gana al jóven cantante.

»Deja Selva la maleta, avanza á la escena y ataca con admirable maestría y potencia de voz el recitativo de la introducción, *Sperate, oh figlie!* No bien hubo terminado el recitado, cuando la orquesta se levantó en masa, prorumpiendo en exclamaciones de entusiasmo; y la presidencia, convencida de su error, abrazó con efusión al jóven artista, prodigándole todos los mayores elogios.»

Oyóle Verdi en Venecia en 1844, y escribió in-

(1) Véanse los artículos publicados en la *Ilustracion Española y Americana* con el título de *Antonio Selva*, números correspondientes á los días 24 de Febrero y 1.º de Marzo de 1875.

(2) Jurado compuesto generalmente de tres individuos, cuya misión es examinar las condiciones de los artistas contratados por el empresario y vigilar por el buen orden de los espectáculos. Este jurado es nombrado por el gobierno cuando el teatro pertenece al Estado, y por los particulares en caso contrario.

mediatamente para él la parte de *Silva* en *Hernani*. De entónces datan los no interrumpidos triunfos del bajo Selva en casi todos los teatros de Italia y en los principales de Europa.

En 1845 vino por primera vez á España contratado para el teatro del Liceo de Barcelona, y allí cantó durante tres temporadas, encontrando en la capital del Principado, y recibiendo del célebre Salvatori saludables consejos, de cuyo aprovechamiento ha podido juzgar repetidas veces el público de Madrid.

La revolución de 1848 le llevó de nuevo á su patria. La idea republicana representaba además en la patria de las artes la independencia nacional. Italia vencedora ó vencida, decia Leopardi en admirables versos, era siempre sierva, y Selva fué de los que pelearon entónces por la libertad. En el campo de batalla, en la barricada y en la escena cumplió su deber de patriota y de artista. La libertad pereció entónces, y el insigne cantor continuó su brillante excursión por los teatros de Europa.

En 1852 llegó á Madrid, y desde su primera salida al escenario, que por última vez pisaba en la noche del 21, sólo ha oído ruidosos aplausos y exclamaciones de entusiasmo.

Entre el público y el artista trabóse pronto estrecha amistad, más cariñosa cada vez que éste volvía al coliseo de la ópera, porque el público, á quien entusiasmaban las excelentes dotes del cantor, adivinó pronto el carácter noble, afable y sincero del hombre, ajeno siempre á las miserables envidias de bastidores, cuidadoso de su deber para con el auditorio, atento á los más pequeños detalles de la parte que interpretaba.

Antonio Selva deja en los aficionados madrileños el mismo imperecedero recuerdo que han dejado Ronconi y Mario, otros dos colosos del arte lírico-dramático. En los momentos en que éste pasa por la mayor crisis; cuando las grandes obras de Meyerbeer han iniciado una reforma importantísima, que acaso se está exagerando en cultas naciones; cuando al patron italiano del *andante*, el *coro* y la *cavaletta* sucede la libertad de forma y la exigencia racional de que la música se adapte al sentido de la acción dramática y á los sentimientos que deben representar los personajes; cuando los cantores *d'agilitá*, delicia y encanto de la juventud á principios del siglo, quedan relegados, cuando más, á los conciertos de salón, como muebles arqueológicos, la pérdida de artistas dramáticos que se llaman Ronconi, Mario, Selva, es irreparable.

Las revoluciones en el arte lírico-dramático necesitan grandes intérpretes. Rossini encontró en su carrera á María Malibran y á García, Be-

llini á la Pasta y Rubini, para conmovier las almas con su estilo elegiaco y sus bellisimas melodias; la elegante y caballeresca música de Donizetti ha tenido á Ronconi, á Mario, á Salvatori, á Lablache, y Meyerbeer á Nourrit y á Duprez, grandes cantores y grandes actores.

Hoy no basta ya cantar bien; no basta vencer todas las dificultades de entonacion, de vocalizacion, de agilidad; es preciso representar bien, es indispensable *decir* con intencion dramática lo que para ser drama musical, y no pretexto de música, se escribe. Hay que cantar *El Fernando* de la *Favorita*, el *conde de Almaviva* del *Barbero de Sevilla*, el *Lionel* de *Martha*, como los cantaba Mario; el *duque de Chevreuse* de *María di Rohan*, el *Ricardo* de los *Puritanos*, el *Dandino* de la *Cenerentola*, como lo cantaba Ronconi; el *duque de Ferrara* de *Lucrecia Borgia*, el *don Basilio* del *Barbero*, el *Leporello* de *don Juan*, como los ha cantado Selva.

La educacion artística que tenga por único objetivo aprender á cantar bien, seria bastante hace cincuenta años; hoy, si el artista ha de pisar la escena teatral, es incompleta, y mañana será insuficiente.

No es esta la ocasion oportuna para decir si el arte lírico-dramático va por buen ó mal camino; pero es un hecho innegable que adelanta á pasos acelerados hácia una trasformacion completa, que traspasará, si no ha traspasado ya en algunos pueblos, los límites de lo racional y de lo justo, para caer en exageraciones lamentables; que así hace siempre toda revolucion: pero al volver á su cauce no será ciertamente con las formas convencionales é ilógicas, heridas de muerte cuando Meyerbeer escribió *Roberto el diablo*.

La corriente destruirá por el momento cuanto le resista, y acaso no tenga mejor explicacion la decadencia de la música en Italia; los que prudentemente la aprovechen, encontrarán entre el cúmulo de exageraciones y de extravagancias de escuela, algo sensato y aprovechable: los que se dejen sin meditacion ni juicio arrastrar por ella, ella les conducirá al abismo insondable del olvido.

Sea cualquiera el término de esta trasformacion, lo evidente es que los cantores, no actores, no serán por cierto intérpretes de la música nueva: por ello la pérdida de Selva es pérdida irreparable; por ello entre el estrépito de gritos y palmadas con que le despedia en la noche del sábado un público entusiasmado, habia algo que estrechaba el corazon, haciendo asomar á muchos ojos mal reprimidas lágrimas. Con Selva desaparece uno más, y quedan pocos.

N.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Sociedad antropológica española.

21 MARZO, 1874.

El presidente Sr. Ariza da cuenta de que esta sociedad se encuentra ya en relaciones científicas con varias sociedades extranjeras.

El secretario Sr. Tubino lee una carta del 6 de Marzo del Sr. Mantegazza, director del museo nacional de antropología de Italia, en la cual expresa la importancia de las investigaciones antropológicas que se hagan en España, y se propone el cambio de cráneos etruscos é italianos por otros españoles.

El Sr. Galdo obtiene autorizacion de la sociedad para pedir las Memorias y noticias que con referencia á la etnografía de las provincias españolas de Ultramar deben existir en el Ministerio del ramo.

Acuérdase el estudio de las colecciones etnográficas que existen en el Jardin botánico, y una visita al cerro de San Isidro bajo la direccion del Sr. Vilanova, á fin de estudiar las huellas que allí se advierten de la actividad humana en períodos antiquísimos.

Academia de medicina de Madrid.

5 MARZO, 1874.

El Sr. Alonso expone las experiencias de Simpson sobre el empleo de inhalaciones anestésicas en el parto; se hace cargo de las opiniones de Dubois y Depaul, y deduce de ello y de sus opiniones propias, que á pesar de la ventaja de la supresion del dolor en la parturiente, no es conveniente el uso del cloroformo en el parto fisiológico, porque no hay seguridad de evitar los peligros que acompañan á la accion de dicha sustancia. En su lugar propone medios sencillos, como el reposo y el baño general templado. Pero si no se debe aplicar el cloroformo en los partos fisiológicos, es conveniente cuando se va á proceder á una operacion, version podálica, aplicacion del forceps, cefalotomia, etc., en cuyos casos la anestesia está indicada y constituye sin duda un gran recurso.

Sociedad astronómica de Lóndres.

JUNIO, 1873.

Sabido es que si se colocan dos relojes sobre un soporte comun que pueda transmitir las vibraciones, se influyen recíprocamente en su marcha, hasta el punto de que toman una marcha intermediaria á la que conviene á cada uno de ellos. Pero no se habia estudiado todavía de una manera exacta el mecanismo de esta accion recíproca. M. Ellis acaba de hacer este estudio en los péndulos astronómicos que los astrónomos ingleses deben emplear en las observaciones del próximo paso de Venus por delante del sol; péndulos que existen en el observatorio de Greenwich para ser estudiados.—Sin entrar aquí en el detalle de las interesantes experiencias de M. Ellis, diremos que la influencia mutua se traduce por un cambio en la amplitud de las oscilaciones del péndulo regulador; si los dos relojes

tienen una marcha aproximada, concluyen por tenerla igual; si la diferencia de marcha es mayor, se operan variaciones periódicas en la amplitud de las oscilaciones del uno y del otro.

—Diversos procedimientos se han empleado para buscar la diferencia de radiación calórica que debe existir entre las partes brillantes del disco del sol y las manchas del mismo; pero el que propone el Dr. Lohre, del observatorio de Bothkamp, parece el más ingenioso. Se funda en el cambio de color que la acción del calor produce en ciertas sales metálicas, como el cloruro de cobalto.—Durante cuatro minutos se coloca papel blanco bien homogéneo en una disolución de una parte de cloruro de cobalto en tres partes de agua, y después se deja secar el papel al aire libre. Cuando esté seco el papel, que presenta un tinte ligeramente rosado, se pone, como una placa sensible, al foco de una lente, y en breve se formará una imagen azulada y bien definida del sol; imagen sobre la cual aparece bien marcada la disminución del poder de los rayos hacia los bordes.—M. Lohre cree que haciendo esta operación en el momento en que se vea sobre el disco del sol una gran mancha, se obtendría la imagen de ésta.

Sociedad geológica de Bélgica.

LIEJA, FEBRERO, 1874.

Constitúyese la sociedad nombrando presidente á M. de Konninck y secretario general á M. Dewalque.

El secretario llama la atención sobre las observaciones del R. P. Perry, director del observatorio de Stonyhurst, Inglaterra, acerca de la declinación de la aguja imantada de la brújula en Bélgica, que en algunas localidades llega á dos grados.

M. Briart expone que los ingenieros y directores de los establecimientos mineros del Hainaut habian hecho ya muchos estudios sobre este asunto, atribuyendo la declinación á la influencia de los filones.

M. Dewalque recuerda que al perforar el túnel de Hasard se observaron anomalías más considerables, pues las diferencias de declinación llegaron á cuatro y cinco grados.

—M. Briart hace notar el descubrimiento de pozos naturales muy antiguos cerca del establecimiento hullero del Hainaut. Estos pozos, cuyo origen es muy oscuro, tienen grandes dimensiones; son generalmente perpendiculares á la estratificación, y están llenos de pedazos desprendidos de las paredes; algunos cristales calcáreos ó piritosos se encuentran en las grietas. Estos pozos presentan mucha analogía con los conocidos en terrenos cretáceos y terciarios.

BOLETIN DE CIENCIAS Y ARTES.

Hemos visto en Madrid un ejemplar del *piano-cuarteto*, imitación de los instrumentos de cuerdas, violines, violas, violones y contrabajos, inventado por M. Baudet, de París, que lo dió á conocer en la exposición universal de 1867, donde obtuvo premio. Entre nosotros era completamente desconocido este nuevo instrumento, hasta

que lo ha traído el editor de música don Nicolás Toledo; y tanto por su novedad como por el interés artístico que ofrece debemos consagrarle algunas líneas.

La forma es exactamente igual á la de los pianos verticales modernos, y su construcción sencillísima. Sobre la caja armónica tiene las cuerdas verticales una para cada sonido, sistema *unicorde*, y en la parte superior de cada cuerda, ó sea en el sitio en que golpean los martillos en los pianos conocidos, un paquetito de cerdas, que al pisar las teclas se pone en contacto con un cilindro de metal cubierto de piel que gira sobre su eje, movido por un sencillo mecanismo, cuyo motor es el pié del artista colocado sobre una plantilla que ocupa el sitio de los pedales. El contacto de las cerdas adheridas á las cuerdas con el cilindro, es lo que produce el sonido; y como la rotación del cilindro es continua, el sonido es continuo también mientras se tienen pisadas las teclas, como en el *armonium*. La mayor ó menor intensidad del sonido se obtiene oprimiendo las teclas con más ó menos fuerza, y también moviendo los piés con mayor ó menor celeridad. Así es que la expresión en este piano se encuentra en los dedos de la persona que le toca, circunstancia que le quita la dureza y rigidez que son naturales en un mecanismo cualquiera. Los sonidos son los de los violines, violas, violones y contrabajos; especialmente los de estos dos últimos instrumentos son muy exactos, y á distancia conveniente consiguen hacer una imitación perfecta. Los violines y violas no están tan bien imitados, por lo cual creemos que el *piano-cuarteto* es susceptible de más perfección; pero de todos modos, tal como le conocemos, es un instrumento de mucha brillantez y sonoridad, de gran efecto y de utilidad incontestable para las iglesias y para los salones.

Los señores Toledo y Monterrubio, representantes en Madrid de la casa Baudet, están recibiendo numerosas visitas de artistas y aficionados, deseosos de conocer el nuevo instrumento; y raros son los días en que no se verifican con este motivo conciertos improvisados.

* * *

El Consejo nacional de Sanidad de España y el Ministro de la Gobernación se están ocupando del nombramiento de las personas que han de representar á nuestro país en el Congreso internacional, que debe reunirse el verano próximo en Viena, para deliberar acerca de las medidas que conviene tomar contra el cólera.

La mayor parte de los gobiernos se han adherido á la proposición del ministro de Austria-Hungría. Hoy se ocupan activamente en fijar los trabajos para las sesiones del Congreso, en el que cada nación estará representada por dos delegados facultativos.

El Congreso invitará á sus sesiones, además de los delegados oficiales, personas competentes y especialistas que hayan estudiado, bajo el punto de vista científico y práctico, el carácter epidémico del cólera asiático y la organización de las cuarentenas.

* * *

Ha fallecido en Francia el Dr. Cruveilhier, uno de los médicos más notables de este siglo, de quien el célebre Virchow, el hombre más compe-

tente de Alemania, ha dicho que era el padre, el patriarca de la anatomía patológica. El Dr. Cruveilhier ha dejado muchas obras científicas, ya publicadas, y entre ellas el gran *Tratado de anatomía patológica general*, tan conocido y apreciado en toda Europa. Reunía dos sentimientos que se excluyen generalmente; la fe religiosa y la fe en la ciencia. A pesar del ardor de sus convicciones católicas jamás trató en sus libros las cuestiones religiosas, y participaba de la opinión de que *no hay enfermedades sin lesiones de la materia*, opinión que rechazan los espiritualistas.

* * *

La escasez de carbon de piedra ha inspirado á los ingenieros del Canadá la idea de reemplazarlo con petróleo para la calefaccion de las locomotoras; pero no se sabe si podrán conseguirlo.

* * *

El maestro Verdi está terminando una ópera que se titula *Héctor Fieramosca*.

* * *

La Sociedad económica sevillana de Amigos del Pais ha repartido invitaciones para una exposicion de cuanto produce el trabajo humano, que ha de tener lugar en el inmediato mes de Abril; habiéndose señalado para este patriótico y laudable objeto los magníficos salones del consulado y los pintorescos del alcázar.

* * *

En los concursos de las clases superiores de piano, verificados hace pocos dias en la Escuela Nacional de música, ha obtenido el primer premio la señorita Doña Eloisa Cebrian, y el segundo la señorita Doña Soledad Arroyo.

* * *

Ha fallecido en Madrid el Sr. D. Serapio Escobar, una de las lumbreras de la medicina española. Era director de nuestro colega *El Siglo médico*, fundador de una *Biblioteca escogida de medicina*, y autor de varias obras científicas. En su testamento ha dejado una cláusula que revela su caridad, su pasión por la ciencia y su amor á la juventud estudiosa y al hospital general de Madrid, donde ha ejercido más de treinta y ocho años con incomparable celo.

Ha impuesto un censo perpétuo sobre una de sus casas, suficiente para producir cada año la cantidad de 3.000 rs., que serán entregados, para su reválida, al joven más aprovechado y escaso de recursos que termine la carrera entre los ayudantes y practicantes de aquel establecimiento; cuyo premio ha de ser adjudicado por el Decano y los dos médicos más antiguos. También ha dejado al hospital su librería.

* * *

El Sr. Ezquerdo, médico del hospital general de Madrid, que hace tiempo viene haciendo notables trabajos sobre vacunacion animal, está proyectando en la actualidad la fundacion de un Instituto libre de vacunacion.

* * *

El doctor Varrentras ha hecho interesantes experimentos sobre las cualidades que pierde el carbon de piedra cuando se le deja algun tiempo al aire. Estas pérdidas son bastante importantes. En uno de los experimentos ha encontrado una

pérdida de 33,08 por 100 en el peso, y un deterioro más considerable todavía en la calidad. Estos fenómenos provienen de la combustion lenta de los elementos volátiles que entran en la constitucion del carbon é influyen en su valor como combustible. La calidad del gas disminuye en un 45 por 100, y la potencia calorífica en un 47 por 100 en carbones expuestos al aire, mientras que en carbones abrigados sólo se pierde el 25 por 100 como generador del gas y el 12 por 100 como generador del calórico. Estas experiencias demuestran la necesidad imperiosa de resguardar la hulla del aire y de la humedad.

* * *

Ha sido elegido miembro de la Academia de la lengua el Sr. D. Pedro Madrazo, académico de la de Bellas Artes.

* * *

Para la vacante que ha quedado en la Academia de Bellas Artes, seccion de música, por fallecimiento del Sr. Segovia, hay dos candidatos; el poeta don Antonio Arnao, autor de algunos libretos de ópera y de un notable discurso sobre las condiciones de la poesia lírica, que leyó al ingresar en la Academia de la lengua, y don Mariano Soriano Fuertes, compositor y autor de una historia de la música en España.

* * *

La galería de retratos del Ateneo científico y literario de Madrid se ha aumentado con el de don Salustiano de Olózaga, pintado por el reputado artista don Ceferino Araujo, y copia del que el Sr. Gisbert hizo para el Congreso de Diputados.

* * *

El sistema cuarentenario para impedir la propagacion de las enfermedades epidémicas va ganando terreno en todas partes. Las Repúblicas Argentina y oriental de Uruguay han convenido, por delegados de ambos gobiernos, en un sistema sanitario de defensa comun, estableciendo al efecto lazaretos en sitio á propósito, y recíprocamente intervenidos para que cada una de ellas se cerciore del puntual cumplimiento de lo pactado, y ambas naciones tengan seguridad y confianza.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

CAUSA PRINCIPAL DE LA CRISIS FINANCIERA ACTUAL, por D. M. Martínez y Gutierrez. Folleto de 24 páginas. Barcelona, 1874.

En este estudio se propone, como remedio del malestar económico en España, el aumento del capital circulante, la movilizacion del fijo y la extincion de la deuda flotante.

* * *

EL BAZAR, semanario ilustrado, por D. Julio Nombela. Madrid, 1874.

El número 4.º, que acaba de publicarse, inaugura una galería de celebridades contemporáneas, empezando con el retrato y biografía de Garcia Gutierrez. También publica los retratos de Pio IX y Bismarck.